

Preludio al amor:  
Tres cartas

III

Edición de la casa de  
M. de la casa de  
M. de la casa de

[Nota: Eldridge Cleaver estuvo en la cárcel en California durante nueve años. Beverly Axelrod es abogada en San Francisco. Antes de las fechas en que se escribieron las cartas que publicamos en seguida, Eldridge Cleaver le había escrito a la señora Axelrod solicitándole consejo legal. Lo había visitado tres veces antes de que se efectuase el siguiente intercambio de cartas.]

Eldridge Cleaver

Folsom Prison

Represa, California

5 de septiembre de 1965

Querida Beverly Axelrod:

Durante dos días opresivos y dos noches inquietas después de que se fue usted, vagabundé por la caja de mi cráneo, sintiéndome prematuramente envuelto por el bálsamo de alguna mágica bruma etérea esparcido por la dialéctica de nuestro contacto. Cuando la dejé sentada en la jaulita de vidrio, a la que he aprendido a respetar porque tiene ahora un significado especial eterno, no me detuve, ni me volví. Sin exceptuar a la puerta de esa jaula de vidrio, y contando a la puerta de mi celda, pasé por doce diversas puertas y rejas antes de derrumbarme en mi estrecha cama doblado por el peso del día. Las puertas y las rejas se fueron abriendo ante mí y al ir yo avanzando sobre ellas, al lanzarme yo sobre ellas, como si estuviesen activadas por celdillas fotoeléctricas que respondían a mi aproximamiento. Caminé rápidamente, pero sentí que andaba corriendo tropezando, pateando y manoteando para abrirme paso a través de una selva densa y enredada. No le hablé

a nadie, no reconocí a nadie y sentí que nadie podía verme o reconocirme (me equivoqué; al día siguiente se me acusó de pasar junto a una pareja de secures como si no estuviesen allí. Les he dicho que, en efecto, por lo que a mí tocaba, no estaban allí, pero se niegan a creer en su propia inexistencia o invisibilidad).

Al tercer día me levanté de nuevo de entre los condenados. No, ¡eso es ir demasiado lejos!

¡Vaya transfusión! No creo que la pueda soportar en dosis tan grande. Puede resultarme letal.

Casi siento miedo de volver a mis manuscritos (los cuales parecen encogerse ante mí) después de haber hablado con usted. Sé que permaneceré inmóvil, pasado, hasta que haya logrado enviarle esta carta.

Luego...

Realmente carezco de un sentimiento de mi propio valer y siempre me han hecho sentirme incómodo los elogios de otros, especialmente de mis amigos. Me lleno de pánico. Recientemente me postularon para desempeñar un cargo en el Gavel Club de Folsom. Uno de mis partidarios se deshizo en elogios de mi persona y de mis aptitudes para el desempeño del cargo, y no me pude estar quieto en mi silla y me sentí oprimido. ¿Quiere esto decir que mi ego no soporta un elogio? No, no hay tal. Es en mí una hipocresía, pero siempre que alguien dice algo agradable de mí, la cabeza me da vueltas. ¿Y usted? Las cosas que me dijo me voltearon de cabeza. Pero no se detenga, déjeme sufrir, y sobreponerme.

Me siento empujado a expresarme ante usted extravagantemente, y saltan en mi mente las palabras, las frases, las oraciones y los párrafos. Pero los tengo a raya, me niego a escribirlos, porque todo me parece demasiado sabido y trillado. Me siento humillado por las palabras que usted me inspira a escribirle. Me niego a escribirlos. ¿Qué derecho tiene usted para sacar a mi alma de su sueño? Pero es todo

algo dorado y le escribo esto con conciencia de lo dulce de la ironía, maravillado de la increíble sucesión de acontecimientos fortuitos que nos puso cara a cara en una jaulita de cristal en la oficina del Alcalde de la cárcel de Folsom.

Me ha arrojado un salvavidas. Si supiera usted hasta qué punto me he estado ahogando, como creí que me había hundido por la tercera vez hace mucho

tiempo, como seguí pataleando y manoteando en el agua, simplemente porque aun sentía el impulso de luchar y el atractivo de una ribera distante, como me estuve sentado, lleno de ira, esa noche con la cartografía polisilábica de su nombre pulsando en mi cerebro (Beverly Axelrod) y en virtud de cual instinto decidí escribirle. Fue un juego de azar, con una ecuación construida en pleno delirio, y atiné.

Permitame decirle esto: tenía 22 años cuando ingresé en la cárcel y, por supuesto, he cambiado enormemente a lo largo de los años. Pero había tenido siempre un vigoroso sentido de mí mismo y en los últimos años sentí que estaba perdiendo mi identidad. Había en mi cuerpo un entumecimiento que no alcanzaba a entender, como si no pudiese encontrar exactamente su sitio. Me daba cuenta de este adormecimiento, de este sentimiento de atrofia, y no me lo podía quitar de la cabeza. Por causa de esta parte entumecida, me sentía especialmente desequilibrado, me daba cuenta de que algo faltaba, de que tenía un lugar en blanco, una suerte de intimación de vacío. Ahora, sé lo que era. Y desde que la conozco, siento que la fuerza de la vida corre de nuevo hacia ese punto. Mi paso, mi modo de andar, que se iba volviendo inseguro y vacilante, ha comenzado a recobrarle y a adquirir una nueva confianza, una nueva seguridad y atrevimiento que pone en mí el deseo de tirar a patadas unas cuantas mesas. Incluye, tal vez baladronée un poco y, como leí en un libro, "avance como un tren a toda marcha".

AHORA DE VUELTA AL DISCO Y TOQUE LA OTRA CARA

He tratado de despistarla. No soy humilde. No tengo humildad y no le tengo el menor miedo. Si pretendo sentir timidez, si parezco vacilar, es sólo un fingimiento para engañarla. Haciendo el papel del humilde, engaño a mis próximos y me gano su confianza. Y luego, si me conviene, bajo la barrea, des-

padadamente. Le menti cuando dije que no tenía un sentido de mi propio valer. Me doy perfectamente cuenta de mi estilo. Mi vanidad es tan grande como el alcance de mi sueño, mi corazón es el de un tirano y mi brazo el del Verdugo. Lo único que temo es el fracaso de mis tramas. Mientras que en el pasado hemos tenido Profetas del Destino, en mi vanidad he deseado ser la misma Voz del Destino. Estoy enfadado con los insurgentes de Watts. Me han quitado las cobijas y han puesto ante los ojos de mi Sombra de Tom. He pensado en postularme Presidente de los Estados Unidos. ¿Mi lema?

HAY QUE PONER UN DEDO NEGRO EN EL  
GATILLO NUCLEAR

Cuatrocientos años de docilidad, de tranquilidad, serenidad e imperturbabilidad en condiciones de esfuerzo y de tensión demostrarían que yo era el hombre idóneo para desempeñar el cargo, que no montarían en pánico en una crisis y apretaría el botón. Podrían confiar en mi serenidad. Ni hablar, todos mis planes se hicieron humo. Y de tal manera, con hermanitas gastadas, tengo que empezar de nuevo.

Por favor, cuidese.

Hasta que algo ocurra, seguiré siendo, porque no puedo hacer otra cosa, y aun si pudiese hacerlo seguiría siendo

Decididamente suyo

ELDRIDGE

Beverly Axelrod  
Abogado  
San Francisco, Calif.

10 de septiembre de 1965

Querido Eldridge Cleaver:

..soy yo la que siento ahora la necesidad de expresión, habiendo dado fin a las gestiones legales, y me está entrando mucho miedo. No soy lo suficientemente fuerte como para optar por el camino más seguro, que sería el de no ampliar el tema de nuestra correspondencia, y me cuesta un trabajo enorme decir lo que quiero, sabiendo que lo leerán los censores.

Su carta, que he releído muchas veces, me muestra que usted está pasando por las mismas torturas que yo. Pero la culpa es mía, por haberlo permitido. Me dice que es letal, y luego que la vida está retornando al lugar entumecido, y yo sé que las dos cosas son verdad.

Me guío ahora puramente por mi instinto, cosa que no acostumbro, pero algo me dice que voy bien, o tal vez lo que ocurra es que es tan importante que no le hago caso al riesgo de equivocarme. ¿Me explico? Sé que me estoy expresando oscuramente por causa de la maldita falta de respeto al carácter privado de nuestra comunicación.

Créame esto: lo acepto a usted plenamente. Lo conozco poco y mucho, pero sea lo que fuere, lo acepto. Su virilidad se me hace presente de miles de maneras, como algo raro y maravilloso. Estoy en el mundo y se me ofrecen infinitas de opciones. No tendré que pensar en que me estoy aferrando de algo porque carezca de una verdadera vara de medir. Lo acepto. Y ahora, a propósito de la otra cara del disco: ¿Cree realmente que no lo sabías? Otra faceta del cristal sería una expresión más correcta. También

yo tengo algunas facetas. No le temo, pues sé que no me hará daño. Su odio es vasto, pero no tan grande como usted se imagina a veces; puede utilizarse, pero también puede calmarse y suavizarse. ¡Qué enorme cantidad de exploraciones tendremos que hacer! Siento como si me encontrase en el borde de un mundo nuevo.

Recordatorio para mí misma: Sé racional. No puede resolverse. Las opciones: 1. Cree en todo lo que dice, pero no puede saberlo, no puede optar; o 2. Es una graciosa simulación, porque no sabe que harías exactamente lo que estás haciendo por él de todas maneras; o 3. Es un juego para aliviar la monotonía, consciente o no. Respuesta: da exactamente lo mismo, porque yo no lo puedo averiguar, él no lo puede averiguar y es demasiado tarde, de todas maneras. Lo único importante es sacarlo, y eso era obvio desde la primera carta, con toda objetividad abogado!

¿Qué cosa tan tremenda es sentirse al borde de la posibilidad de conocer realmente a otra persona. ¿Puede ocurrir, acaso? No estoy segura. No sé si dos personas pueden desnudarse tanto la una delante de la otra. Estamos tan llenos de temores a ser rechazados y de simulaciones, que mal sabemos si estamos fingiendo o nos estamos manifestando como lo que realmente somos.

De todos los peligros que compartimos, probablemente el mayor es el de las fantasías que nos hacen mos el uno respecto del otro. ¿Nos estamos inventando? No tenemos cómo probar la realidad de lo que nos imaginamos.

No puedo escribir más. Me asombra que haya podido escribir todo esto. Temo volverlo a leer, porque tal vez lo rompería, de manera que lo enviare tal como está. ¿Puede imaginarse todo lo que no he dicho?

Sinceramente suya  
BEVERLY AXELROD

Eldridge Cleaver

Folsom Prison

Represa, California

15 de septiembre de 1965

Querida Beverly Axelrod:

Sus cartas son para mí vivos trozos de usted misma, y son las cosas más importantes de mi vida. Es fantástico: Ocurre sólo en los libros (o en los sueños de los internados en los manicomios) y a las personas que van en serio. Comparto con usted el intimidador sentimiento de encontrarme a punto de conocer realmente a otra persona.

Para mí tiene una enorme importancia que la gente escuche realmente, que oiga de verdad lo que la otra persona tiene que decir, porque rara vez encuentra uno a alguien capaz de tomarse en serio a uno, o a sí mismo. Pero no era *realmente* así cuando estaba yo fuera de la cárcel, aunque evidentemente llevaba las simientes, pero revueltas con demasiada confusión y locura. No estaba demasiado interesado en comunicarme con otras personas; eso no es verdad. Lo que quiero decir es que sentía un profundo deseo de comunicarme con otras personas, de llegarlas a conocer, pero era incapaz de hacerlo, no sabía cómo hacerlo.

¿Sabe usted qué desvergonzado pensamiento se ha metido a codazos en mi conciencia? ¿Que me la merezco, que me merezco conocerla y comunicarme con usted, que me merezco todo lo que está ocurriendo. ¿Qué he hecho para merecerlo? No creo en el sistema de méritos. Soy lo que soy. No, no le haré daño. Advertencia a los dos: 1. El cree todo lo que dice y sabe lo que está diciendo; 2. Los fingimientos son crueles y ¿cómo podría ser cruel con usted? 3. No juega a nada, y la vida no le parece monótona, conscientemente o no. Tiene planes y sueños, y es terriblemente serio. Respuesta: No da de ninguna mane-

ra lo mismo, y espero ayudarla a descubrirlo, él ya lo está descubriendo; el tomar las cosas como vienen hace daño, lo abarata a uno; hay que tener discernimiento y tomar sólo lo que a uno le gusta, pero es pero que sea demasiado tarde para usted chasquear-me, porque es demasiado tarde para mí.

Su pensamiento que dice, "de todos los peligros que comparáramos, probablemente el mayor es el de las fantasías que nos hacemos el uno respecto del otro. ¿Nos estamos inventando?", me preocupa. Sería muy sencillo, si tal fuese el caso: yo podría arreglar las cosas (¡y cuán fácil sería!) para pasarame el resto de mi vida en la cárcel y después viviríamos felices para siempre. Pero ¿no es tan fácil, verdad? Bueno una relación duradera, algo permanente en un mundo cambiante, en el que todo es transitorio, efímero y está lleno de dolor. Los humanos somos criaturas demasiado frágiles para poder lidiar con emociones tan titánicas y con tan profundos anhelos, e impulsos magnéticos.

La razón por la que dos personas se muestran re-nuentes a desnudarse de verdad la una delante de la otra es la de que, cuando lo hacen, se vuelven vulne-rables y dan enormes poderes sobre sí mismos al otro. ¡Cuán terrible, letal y catastrófica se pueden hacer daño el uno al otro, arruinar y desgraciar para siempre el uno al otro! Cuán a menudo, por cierto, terminan causando dolor y atormentándose el uno al otro. Mejor es mantener relaciones someras, superficiales; de esa manera las cicatrices no son demasia-do profundas, ni se derrama sangre del alma. Habló usted bellamente ¡oh, cuán bellamente!, en su carta, "qué cosa tan tremenda es sentirse al borde de la posibilidad de conocer realmente a otra persona...". Y de "siento como si me encontrase en el borde de un mundo nuevo". El llegar a conocer a alguien, el pe-netrar en ese mundo nuevo es un salto definitivo, irreversible a lo desconocido. La idea es aterradora.

Lo que está en juego, preciosísimo. Las emociones avasalladoras. En la experiencia humana, sólo los temas eternos pueden conmoverlos en esa medida. La muerte. El nacimiento. La tumba. El amor. El odio. No creo que una relación bella tenga por fuerza que terminar en una carnicería. No creo que engañamos que ser fraudulentos y fingidos, pues esto es la causa de futuras dificultades y del fracaso final. Si proyectamos imágenes fraudulentas, fingidas, o si en nuestra deformadas de lo que realmente somos, entonces, cuando despertemos de ese trance y penetremos con la mirada a través de la simulación y de la impostura, todo se disolverá, todo morirá y se transformará en amargura y en odio. Sé que a veces las personas se engañan unas a otras por motivos legítimos, para no perder el objeto de sus más tiernos sentimientos. Se consideran tan poco dignas de estima que se sienten obligadas a llevar una máscara para impresionar continuamente al otro. Yo no quiero "retenerla", lo que quiero es que se "quede" conmigo por su propia necesidad de mí.

Busco lo profundo. En contrario de lo que aconseja el Profeta, tomare el crédito y dejare el efectivo. Lo que siento por usted es profundo. Beverly, algo nos está ocurriendo que se sale de lo común. Lo que está sucediendo es para escribirlo, para que los poetas saquen nueva inspiración de él, para callar a los clínicos y para rebajar nuestra soberbia al recordarnos cuán poco es lo que sabemos acerca de los seres humanos, de nosotros mismos. No sabía que llevarse guardados todos estos sentimientos. Nunca antes los había sentido vivos. Ahora se desplomán en cascadas sobre mi cabeza y amenazan con tirarme al suelo, con revolcarme en el polvo. Pero por la fuerza del tirón magnético que me lleva hacia usted, no me siento desconcertado y sé que podré soportar la fuerza de la marejada.

Inclusive la respeto cuando no está delante de mí. Tengo el mal hábito, cuando hablo de mujeres y sólo hay hombres presentes, de llamarlas perras. Esta perra tal y esta perra cual, como tal vez ya me haya oído decir. Hace poco estaba hablando de usted con una pareja de asesinos y dije: "esta perra..." Y me sentí muy avergonzado por haberlo hecho. Me enjuicié a mí mismo y padecié espiritualmente durante varios días. Tal vez le parezca insignificante, pero yo le doy gran importancia por causa de la cadena de pensamientos a que dio lugar. Me importa, me preocupa, lo cual es algo novísimo y por demás diferente, para Eldridge X.

Su constante pregunta "¿puedes saberlo? No puede optar", se merece una respuesta. Pero no es el tipo de pregunta que pueda responderse con palabras. Se necesita tiempo y acciones, y esto supone confianza, supone hacernos vulnerables el uno al otro, desnuarnos el uno ante el otro, quedar a merced el uno del otro y si uno de los dos está fingiendo, entonces el sincero sufrirá, pero creo que el engañador será el que salga perdiendo. (Si los dos están fingiendo, qué has co, qué pretensión, qué pensamiento aborrecible. Me río de él porque carece de poder sobre mí, porque no me siento vulnerable ante él, porque me siento protegido por los centelleantes ojos de Forcia. Confié en usted. Soy vulnerable e indefenso y estoy a su merced.)

Oiga: su carta es muy hermosa, y desde ella me llega usted con los cohetes a toda marcha. Salí de ella y aterrizó sobre sus pies, con los afilados tacones de los zapatos por delante, encimada de mí corazón. No es que nos estemos inventando el uno al otro, y no somos nosotros solamente lo que está en vuelto en lo que nos está ocurriendo. Es realmente que se está efectuando un movimiento complejo del que sólo somos simples partes. Representamos fuerzas históricas y son realmente estas fuerzas las que se

están coaligando y acercando la una a la otra. Y no es un fraude, impuesto por la desesperación. Vivimos en una estructura social, desorientada, trastornada, y hemos trascendido sus barreras a nuestra propia manera, y nos hemos salido psicológicamente de sus locuras y de sus represiones. Es este un paraje solitario. Nos reconocemos el uno al otro. Y, habiéndonos reconocido, ¿es para asombrarse que nuestras almas se cojan de la mano y se aterren la una a la otra, mientras nuestras mentes se confunden, dudan, vacilan y tiemblan?

Paz. No se aterre y no despierte.  
Siga soñando. Soy  
suyo,

ELDRIDGE

Mujer blanca, hombre negro

IV



Me siento a comer mis frijoles a una mesa para cuatro con dos de mis contemporáneos: jóvenes, fuertes, superlativos eunucos negros en la flor de la vida. Poco después de sentarnos, un viejo y gordo Lázaro, de pelo liso y grisáceo, que ha sido artificialmente alisado, y una sonrisa entusiasta y alegre, que lo hacen parecerse a un Santa Claus de chocolate, se invitó a nuestra mesa y se sentó en la silla opuesta a la mía. Cambió miradas con mis contemporáneos.

Sonrisas irónicas aparecieron en nuestras negras caras, mientras un fuego más intenso ardía en nuestros ojos cuando nos pusimos a examinar a este intruso Lázaro.

Transcurrieron en silencio unos cuantos minutos. A mis contemporáneos y a mí nos caían mal esos negros viejos como el que se me había sentado enfrente. Había algo en su estilo, en su porte, que despreciábamos. Lo habíamos calado como tío Tom, no porque lo hubiésemos visto pegar cabriolas ante el hombre blanco, o lamérselo las botas, sino porque sabemos que no caminan por las calles de los Estados Unidos rebeldes negros de su edad, pues se encuentran o muertos, o en la cárcel, o exiliados en otro país. O si no, y esto es lo que nos parecía ser este individuo, se habrían convertido en una clase de impostores que vociferan en el ghetto negro. Nada tienen de resistentes pasivos (no son enemigos de la violencia), son la muerte para otros negros, y aunque el blanco ha despojado de su existencia a toda su raza, no hacen más que hablar de lo que harían si a un blanco se le ocurriese hacerles algo personalmente. Si con palabras solamente se pudiese derribar a un

gobierno, ya estarían en el poder. Desde un cierto punto de vista, odiábamos a estos negros, pero por otra parte nos fascinaba sutilmente el entendimiento curioso a que habrían llegado con el mundo. Precisamente entonces y sin provocación aparente, el joven eunuco de mi izquierda dijo, golpeando la mesa con el puño para dar énfasis a sus palabras:—Viejo Lázaro, ¿cómo es que no estás muerto?

—¿Qué?—preguntó el infiel, mas sobresaltado por la brusquedad de la pregunta y por el tono amena- zador con que se la habían lanzado, que por la pregunta misma. (Después de todo, a toda su generación se le estaba haciendo la misma pregunta de miles de maneras diferentes: Charlie Parker a Lester Young, Dizzy Gillespie a Louis Armstrong, Mao Tse-tung a Chiang Kai-shek, Fidel Castro a Batista, Malcolm X a Martin Luther King, Robert F. Williams a Roy Wilkins, Norman Mailer a los Burgueses Totalitarios.) Fue entendiendo la pregunta poco a poco y la sonrisa de Santa Claus se fue disolviendo, con una pizca de pánico, hasta convertirse en un tic de la comisura izquierda de su boca. Sus ojos negros como

cuarenta saltaron de cara en cara. —¡Te pregunté que por qué no estás muerto!—repitió el eunuco de mi izquierda.

—¿Por qué debería estar muerto, no te en...?

—Si hubieses dado tu vida—lo interrumpió el eunuco— por lo menos te podríamos respetar. Por lo menos, podríamos decir que fuiste un hombre, un gran hombre. Por lo menos, podríamos mirarte hacia tu tumba como un símbolo, un emblema, con orgullo, *con veneración*, pero no, pacato calzonzos, te atreviste a afeerrarte a tu miserable vida, a envejecer y encanecer, a engordar y cagarle de miedo. El Acusador se calló y comenzó a comerse furiosamente sus frijoles, como si cada frijol fuese un blanco y se los estuviese tragando a cucharadas.

—¿Qué le pasa a este pájaro?—preguntó el Acu-

sado, torciéndosele la cara en un nervioso desconcierto.

—Esta enfermo—le sugerí, para ver cómo lo interpretarían el infiel.

—Tiene que estar enfermo—dijo el Acusador mientras inciertamente su café—. Todas estas idiosincrasias de muerte y de morir.

—¡Sí, estoy enfermo!—eructó el Acusador, ahogándose casi, con la boca llena de frijoles—. ¡Tú me enfermas, Matusalén! ¿Qué es lo que quieres, ganar un concurso de longevidad? ¿Cómo te las arreglaste para conseguir ese pelo gris, cómo hiciste para sobrevivir? Sí. Estoy enfermo, ¡enfermo!

—También yo estoy enfermo—dijo el eunuco de mi derecha, hablando por primera vez—. ¡Estoy enfermo, enfermo, enfermo, enfermo!

—También yo estoy enfermo—dijo Lázaro. —¿Cómo se llama este juego?—preguntó Lázaro, tratando de meter subrepticamente una nota jocosa—. No lo conozco.

Era cruel lo que estábamos haciendo, y lo sabíamos, porque se lo habíamos hecho antes a otros. En cierto sentido, sólo estábamos jugando con él, picándolo, examinándolo, estudiándolo, pero, por otra parte lo hacíamos con toda seriedad. El Lázaro, advirtiendo la ambigüedad, estaba confundido.

—¿Conoces la diferencia entre un *gorilla* y un *gorilla*?\* —le preguntó el eunuco de mi derecha al Acusado.

El Acusado pareció estar pensando una respuesta. —Te voy a dar una manita—dijo el eunuco—. Tú eres un gorila y un gorilla es todo lo que no eres. El Acusado abrió la boca para replicar, pero el eunuco de la izquierda, que había tirado la primera piedra, le quitó la palabra:—Un gorilla es un

\* Dejo gorilla, en vez de guerrillero, que sería lo correcto en castellano, para conservar el juego con *gorilla* y *guerrilla* en inglés. [T.]

hombre —le gritó; con mirada furiosa—, pero tú eres una especie de aborto de la naturaleza.

Sobre vino un silencio pensativo, explorador. Pensaba uno en sangre derramada, en pistolas y cuchillos, látigos, cuerdas y cadenas y árboles, gritos, metrodadores nocturnos, miedo, cachiporras, perros policias y mangueras de bomberos, incendios, heridas y bombas, ancianas sufrientes y jóvenes mancipladas, mentiras, burlas, muchachitos helándose por su primer calor, y en jóvenes castrados y en viejos quemados, en muchachitas psíquicamente viciadas y físicamente brutalizadas...

Al cabo de un rato le pregunté al Acusado, con voz indiferente: —¿Le pegaste alguna vez a una negra?

Como si se hubiese prendido un apagador, sus ojos se iluminaron y como en su angustia se moría de ganas por cambiar de tema, el Lázaro picó el anzuelo. Se le enturbó la mirada, se le hizo maligna y acostándose sobre la mesa me dijo, en tono confidencial: —Ojalá tuviese diez centavos por cada una de las perras a las que he dado una patada en el culo. ¡Sería tan rico ahora que tendríais que hacer una solicitud con seis meses de anticipación tan sólo para verme, no digamos para sentaros a la misma mesa que yo!

Un buen golpe de cuchillo, que te vuele la cabeza, es la única solución para todos tus problemas, ¡Lázaro! —le silvó el Acusador, el eunuco de mi izquierda, al que le temblaban los labios de rabia.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el Acusado, fingiendo no haber entendido.

—¡Quiere decir lo que yo quiero decir! —dijo el eunuco de mi derecha—, que durante cuatrocientos años le has tenido miedo al amo, pero que ha llegado el momento de que empieces a tener miedo a tus iguales.

—¡Bah! —soltó el Acusado, y se llevó una cuchara de trípales a la boca, y se puso a masticar como ausente. Poco después volvió a hablar—. Las negras

confunden la bondad con la debilidad. Dales un poquito de pie, y te crucificarán. Odio a las perras negras. No puedes confiar en ellas como en las blancas, y si lo haces, no lo apreciarán y no saben qué hacer. Sería como tratar de mimar a una cobra. De todas maneras, todas las negras odian en secreto a los negros. En secreto, todas aman a los blancos; algunas se lo dicen a uno en la cara, otras lo dejan ver por sus actos. ¿No se han dado cuenta de que tan pronto como una negra tiene éxito se casa con un blanco? Me guío por lo que sé. Conozco a una perra negra que se la pasa diciendo que no hay nada que un negro pueda hacer por ella, salvo dejarla en paz o llevarle un mensajé a un hombre blanco, o traerle un recado del mismo. No se tienen cariño los negros y las negras. Yo, por ejemplo, quiero a las blancas y odio a las negras. Lo llevo en mí, tan profundamente te que ya ni siquiera me preocupo por quitármelo. Cambiaría diez perras negras por una sola mujer blanca. Ninguna blanca es fea. Una blanca es hermosa aun cuando sea calva y no le quede más que un diente... Lo que me gusta no es sólo que sea mujer; me gusta su piel, su piel blanca, lisa y suave. Me gusta lamersu piel blanca como si dulce y fresca miel saliera de sus poros, y acariciar su largo, suave y sedoso pelo. Las blancas tienen una suavidad especial, algo delicado y blando en ellas. Pero una perra negra parece estar hecha de acero, ser dura como el granito y resistente, no suave y sumisa como una mujer blanca. No hay nada más bello que el pelo de una mujer blanca agitado por el viento. La blanca es algo más que una mujer para mí... Es como una diosa, como un símbolo. El amor que siento por ella es religioso y no se puede acabar. La venero, adoro hasta los sucios calzones de una mujer blanca. A veces pienso que lo que siento por las blancas es algo que debo haber heredado de mi padre y éste de su padre y éste del padre de su padre. Hasta llegar a la

la mujer blanca, que es el símbolo de la libertad. Esa fue la voluntad del hombre blanco y mientras esté en su poder hacerme cumplir su voluntad, obligarme a someterme a su voluntad en esto y en lo otro, no seré libre. No seré libre hasta el día en que pueda tener a una blanca en mi cama y a ningún blanco se le ocurra meter las narices. Hasta que llegue ese día, toda mi existencia estará manchada, envenenada, y seré todavía esclavo, y también lo será la blanca. Tal vez no me crean lo que les voy a decir... cuando me estoy acostando con una perra negra, cierto los ojos, me concentro de veras, y no tardo en comenzar a creer que estoy montando a una corcovante rubia. Te lo digo de veras, ésta es la única manera en que puedo revolcarme con una perra negra, cerrar los ojos e imaginarme que es una mujer blanca. Si bajara la mirada y viese debajo de mí a una perra negra, o si mi mano lograse tocar su crepido pelo, se me quitarían las ganas, se acabaría. Lo mismo podría levantarme y largarme, pues no conseguiría nada, aunque me estuviere encima de ella toda la noche. Todo negro que dice que no le gustan las blancas es un condenado mentiroso. Yo creo que si un dirigente quisiese juntar a los negros en una sólida unidad, lo podría hacer muy fácilmente. Le bastaría prometer a todo hombre negro una mujer blanca y a toda mujer negra un hombre blanco. Tendría tantos partidarios que no sabría qué hacer con todos ellos. Créeme. Les voy a decir, jovencitos, algo de lo que no me gusta hablar. No me gusta hablar de esta mierda... Os veo ahí sentaditos, con todas las plumas arvuadas. Creéis que lo sabéis todo y que lo estáis haciendo estupidamente bien, pero en realidad no sabéis nada de vosotros mismos, ni de vuestras mujeres, ni de los blancos. Probablemente no me creeréis lo que os voy a decir, pues no le haría ninguna gracia a vuestra vanidad. Pero os lo voy a decir de todas maneras.

esclavitud. Debo haber heredado de todos esos negros parte de mi deseo de la mujer blanca, puesto que siento más amor por ella del que un hombre debería sentir. Si, deseo todas las blancas que ellos desearon, pero nunca pudieron tener. Me transmitieron su deseo, evidentemente: el deseo de la mujer blanca es como un cáncer que me come el corazón y me devora el cerebro. En mis sueños veo a blancas saltar cercas como delicados cordertos, y cada vez que una salta, su pelo coge la brisa y restalla para atrás como la crin de un potrillo blanco: rubias, pelirrojas, castañas, rubias cobrizas, rubias cenizas, rubias artificiales, rubias platinadas, todas. Todas aparecen en mis pesadillas. ¿Te parece que lo estoy inventando, joven?

Me hizo una señal con la cabeza; era a mí a quien preguntaba, me tomé mi tiempo antes de contestar. Hubiese preferido quedarme callado. Le dije: ¿Por qué habrías de mentirnos? Quiero decir, nadie puede ser totalmente veraz en todo lo que dice, y me das la impresión, bueno, de que habías sin premeditación, sin pensarlo mucho, como se te viene a la cabeza. Se estaba riendo por dentro, lo adviné en sus ojos. Entonces me dijo: —Bueno, lo he estado pensando durante años. Uno tiene que tratar de comprender qué es lo que se anda por dentro, ¿sabes? Pero, realmente, no creo que entienda nada de nada, a decir verdad. Pero tengo que cargar conmigo mismo y aceptar mis propios pensamientos acerca de las cosas. Por ejemplo, no sé cómo es, quiero decir, no lo puedo analizar, pero sé que el blanco convirtió a la negra en símbolo de la esclavitud y a la blanca en símbolo de la libertad. Cada vez que abrazo a una negra, abrazo la esclavitud, y cuando tiendo mis brazos en torno a una blanca, bueno, siento que abrazo la libertad. El blanco me prohibió tomar a la mujer blanca so pena de muerte. Literalmente hablando, si tocaba a la blanca perdería la vida. Los hombres mueren por la libertad, pero los negros mueren por

El Lazaro se detuvo y se revolvió en su silla como si tratase de aferrarse mejor con su rabadilla. Cuando habló de nuevo, le temblaba la voz:

—Quién venere a la Virgen María, sentirá apetito por la hermosa rubia estúpida. Y todas las que añaban acunarse en el regazo de Jesús morirán de amor por los ojos azules y los blancos brazos del héroe norteamericano.

Lazaro se calló y nos miró a la cara. Pero nuestros rostros eran máscaras impenetrables y no leyo en ellos ninguna señal. Siguió diciendo:

—La guerra que se está librando entre el hombre negro y el hombre blanco no es la única guerra. La vida está llena de guerras pequeñas y uno las libra todas al mismo tiempo. Es necesario poseer una estrategia general que permita hacer frente a todas las hostilidades, se necesita tener un estilo, y si alguien le está haciendo la guerra a uno y uno no lo sabe, entonces, está metido en un lío, está perdido desde un principio... Se está librando una guerra entre el hombre negro y la mujer negra, que la convierte en el aliado silencioso, indirecta pero efectivamente, del hombre blanco. La mujer negra es un aliado renuente e inclusive tal vez ni siquiera se de cuenta de ello, pero el blanco sí que se da cuenta. Por eso, a lo largo de la historia, la ha puesto económicamente por encima de ti y de mí, para fortalecer el poder que ya tiene sobre nosotros. Pero el blanco es un tonto, porque también está librando una guerra contra la mujer blanca. Y esto no es todo: los blancos están librando una guerra entre sí. El mito de la fuerte mujer negra es la otra cara de la moneda del mito de la hermosa rubia estúpida. El blanco convirtió a la blanca en débil mental, en débil de cuerpo, en monstruo delicado, en fragante unguento sexual y la puso en un pedestal; convirtió a la mujer negra en una amazona fuerte, capaz de valerse por sí misma y la depositó en su cocina; éste es el secreto del pa-

fuelo floreado de la Aunt Jemima. El blanco se convirtió a sí mismo en el Administrador Omnipotente e hizo de la Oficina Principal su sitial. Convirtió también al negro en Criado Supermasculino y lo lanzó a patadas a los campos. El blanco quiere ser el  *cerebro*  y desea que nosotros seamos el  *músculo* , el  *cerebro* . Todo esto está ligado entre sí de una manera tan lunática que nunca lo he podido entender con toda claridad. Unas veces, me parece ser absolutamente claro y otras no puedo creer en ello. Me recuerda los dos juegos de esposas que nos mantienen a los cuatro atrapados juntos, metidos en un molde a toda la carne negra y a toda la carne blanca. Por eso, cuando va uno a la raíz del asunto, entiende que el blanco no quiere que el hombre negro, que la mujer negra o que la mujer blanca posean una educación superior. Su instrucción constituiría una amenaza para su omnipotencia. ¿No se han preguntado por qué el blanco aplaude auténticamente al negro que se destaca con su cuerpo en el campo de los deportes, en tanto que odia al negro que se destaca por su cerebro? La mecánica del mito exige que el Cerebro y el Cuerpo, como el oriente y el occidente, nunca se toquen, especialmente, compitiendo en un mismo nivel. En lo que respecta a la mecánica del mito, el Cuerpo y el Cerebro se excluyen recíprocamente. No puede existir una verdadera competencia entre superiores e inferiores. Por eso les ha costado tanto trabajo, históricamente, a los negros, romper la barrera del color en deporte tras deporte. En cuanto se derrumba la barrera del color, la magia se evapora, y cuando los negros comienzan a destacar en un determinado deporte comienza a oírse preguntar: "¿Esta mueriendo el boxeo? ¿Se ha acabado el beisbol? ¿Qué le ha ocurrido al futbol? ¿Qué le está pasando al basquetbol?" De hecho, el nuevo símbolo de la supremacía blanca es el golf, porque en el Cerebro domina al Cuerpo. Pero tan pronto como el Cuerpo

comience a llevarse unos cuantos trofeos, comenzarán a preguntar: "¿Qué le ha pasado al golf?" Todo esto se transparentó cuando Joe Louis se cargó a Max Schmeling en su segunda pelea. Schmeling representaba todo lo que el blanco acariciaba y veneraba en el fondo de su corazón. Pero los blancos aplaudieron a Joe cuando aplastó a Schmeling. ¿Por qué? Porque la victoria de Joe sobre Schmeling simbolizaba el triunfo de la democracia capitalista sobre el nazismo? ¡No! Tal vez hubo algo de eso, pero en lo más profundo aplaudieron a Joe por la misma razón por la que menospreciaron a Ingemar Johansson, aunque lo recompensaron estupidamente, por haber tumado a Floyd Patterson. La victoria de Joe sobre Schmeling confirmaba, mientras que la derrota de Floyd contraedea, la imagen que el hombre blanco se ha hecho del negro, que es para él el Criado Supermasculino, la personificación de la fuerza bruta, permasculino, la esclavo perfecto. Y a Sonny Liston, el Cuerpo sin sesos, se le prefiere al bocón de Cassius Clay, porque, después de todo, se necesita tener por lo menos los sesos de un pájaro para andar soltando la lengua, y el blanco desprecia hasta ese poquito de sesos en un negro. Y cuando Clay, el pájaro hablador, renuncia a su imagen de Cuerpo y se convierte en Muhammad Ali, el Cerebro, los blancos comienzan a decir palabrotas. El blanco ama al Criado Supermasculino, a John Henry, el barretero, todo Cuerpo doblegado por la Máquina, que es el símbolo fallico del Cerebro y el ideal cumbre del Administrador Omnipotente. Según la manera de pensar del hombre blanco, es éste un sistema perfecto de imágenes sociales. Pero como todos los sistemas perfectos, tiene precisamente en su centro una enorme falla. El Administrador Omnipotente concedió al Criado Supermasculino todos los atributos de la masculinidad ligados al Cuerpo. Fuerza, energía animal, músculo, inclusive la belleza del cuerpo bruto. Salvo uno.

Hubo un atributo de la masculinidad que no estuvo dispuesto a cederle, aun cuando este atributo particular es la esencia y sede de la masculinidad, el sexo. El pene. El pene del hombre negro fue la llave inglesa medida entre los engranajes perfectos de la máquina del hombre blanco. El pene, la virilidad, pertenece al Cuerpo. No corresponde al Cerebro. El Cerebro es neutro, homo, máquina. Pero en el trato que el hombre blanco impuso al negro, a este último le dio como su reino el Cuerpo en tanto que se quedaba para sí el Cerebro. Poco a poco, el Administrador Omnipotente se dio cuenta de que por la prisa y la violencia con que andaba tratando las cosas había metido la pata y se había cortado el pene (obsérvense las mezzquinas imágenes con que el blanco nombra a su propio pene). De manera que se echó para atrás en el trato. Mandó llamar al Criado Supermasculino y le dijo: "Mira, muchacho, hay que hacer una modificación final a lo convenido. Yo seguiré siendo el Cerebro y tu seguirás siendo el Cuerpo. Pero de ahora en adelante tú te agacharás y yo te lo meteré. El Cerebro tiene que regir al Cuerpo. Para probar mi Omnipotencia te tengo que poner los cuernos y que pongerle miniotas a tus testículos de toro. Trabárate la amplitud de tu sexo y limitaré su tamaño. Así mi pinito será más grande que tu verga. He hecho un cálculo. Para mí será la libertad sexual. Pero fijaré un límite a tu pene con mi voluntad omnipotente, y pondré un tope a sus aspiraciones, que si no respetas también con la negra. La negra se acostará contigo, pero también contigo. Te prohibo que te acuestes con la blanca. La blanca se acostará conmigo, el Administrador Omnipotente, pero le prohibiré que se acueste contigo. Sujétando tu virilidad al control de permasculino. Sujétando tu virilidad al control de mi voluntad, te dominaré. El tallo del Cuerpo, el pene, tiene que someterse a la voluntad del Cerebro".

Era la solución perfecta, sólo que no funcionó. Lo único que hizo fue enterrar y hacer clandestina a la verdad. No se puede, de verdad, separar el pene del Cuerpo. Ni siquiera el Cerebro, el Administrador Omnipotente, puede hacerlo, pero lo que sí se puede es ir y atrapar al Cuerpo, con rabia, y violento y frustrado abortecimiento contra esta gran falla de un plan perfecto, ir a pescar a esta llave medida en los engranajes de una máquina perfecta, colgar el Cuerpo del árbol más cercano y arrancarle su extraño fruto, su gran carajo negro, meterlo en un frasco y llevarselo a la hermosa rubia estúpida, y complacerse en la mentira de que no el Cuerpo, sino el Cerebro, es el hombre.

El Lazaro dejó de hablar y se quedó con la boca abierta. Le costaba trabajo respirar, como si hubiese estado corriendo y hubiese perdido el aliento. El eunuco de mi izquierda estaba mirando al vacío, esquivando los ojos de los demás, para que no pudieran ver la salvaje mirada que estoy seguro habla en sus ojos. Los pensamientos se negaron a cristalizar en mi mente; eché más café en mi taza y cuando me la llevé a los labios soplé suavemente sobre la superficie del turbio bebistajo para enfriarlo, y miré por encima del borde al Infiel, que allí se estaba gesticulando, mordeándose su amplio labio inferior, como si se estuviese esforzando por recordar algo o tal vez por comprender o llegar a explicarse algo. Parecía sentirse embarrado. El eunuco de mi derecha habla abatido la mirada y contemplaba su plato de frijoles. Luego, el Infiel levantó la mirada y atrapó mis ojos con los suyos. Había en sus ojos una expresión cruel, herida. Puede ver en ellos un dolor aterrador. Me hizo sentir miedo, no tanto por el Infiel, como por mí mismo, por mi generación, por mis contemporáneos, porque no estaba seguro de que yo, de que nosotros supiésemos qué hacer, o lográsemos aprender lo necesario antes de que fuese demasiado tarde, para

poder evitar tener que sentir ese mismo dolor profundo algún día, yo mismo, nosotros. Me pareció en ese momento y supe que el mismo pensamiento corría por las mentes de mis contemporáneos eunucos, que cualquier suerte, la muerte, la cámara de gases, la silla eléctrica, el pelotón de fusilamiento, la heroína, el suicidio, cualquier cosa sería mejor que someterse al dolor terrible, horrible que el Infiel había tenido que aprender a soportar en su vida. Sentí una caliente palpitación en mi entrepierna. Instintivamente, y con algo de pánico, bajé la mano, como si temiese no encontrarle el pene, pero ahí estaba, erecto, y lo estrujé y lo sentí fuerte, morbido y firme. Cuando lo estrujé, sentí que una ola de fuerza subía por mi cuerpo. Me sentí poderoso, y supe que a mí no me habrían de fregar con sólo que no tracionase la ley de mi verga. El Infiel sonrió, y tuve la seguridad de que había leído mis pensamientos.

Soltó un prolongado suspiro, se echó para atrás en su silla y comenzó a hablar con voz cansada, casi monótona: —Una vez tuve una mujer (no, ¡era una *ferma!*) que tenía un gancho como el de Sugar Ray Robinson. Tenía que noquearla todos los sábados por la noche. Comenzaba a disputar y luego se tiraba contra mí, como un hombre. ¿Cómo se debe tratar a una perra que no puede vivir con uno sin pelear? Y no necesitaba estar enfadada para iniciar una pelea. Hice algunas pruebas con ella. Ensayé toda clase de técnicas con ella. Una vez me negué a discutir. Me quedaba callado mirándola de una manera que le diera a entender que yo no estaba enfadado con ella, como si le dijese "Mira, negra, tú decides. De lo que pase tú tendrás la culpa". ¡PAMI, me pegó en la boca. Fue entonces cuando me di cuenta de que no me podría aceptar como hombre a menos de que actuase como el Cuerpo, y ejerciese mi fuerza física contra ella. No le devolví el golpe. Sentí una rabia como

nunca antes ni después he sentido. En verdad, creo que por un momento perdí la razón. La cogí por el brazo, saqué mi navaja de resorte (tenía una hoja de veinte centímetros) abrí la navaja y la hice sentarse en el sofá. Me di cuenta de que estaba pensando que le había llegado la hora. Tenía los ojos abiertos como una vaca y estaba de verdad asustada. Le puse la navaja en la mano e hice que la cogiese. Luego la abracé con mis brazos y apoyé la cabeza en su regazo. Estaba furiosa. Me amenazó con cortarme la yugular si no me levantaba. Yo estaba fuera de mí y no tenía intención de levantarme. Me parecía que si me levantaba ya no podría vivir otro segundo. Así me sentía. Sentía que si me levantaba y la soltaba, o tratada de protegerme de alguna manera contra la navaja, no podría seguir viviendo. De manera que allí me quedé, enseñándole mi vena yugular. Y me quedé dormido. Al principio, trató de quitar mi cabeza de su regazo, después dejó de hacerlo y luego comenzó a llorar. Pude sentir los sollozos que sacudían su cuerpo. Pero mantuve cerrados los ojos y me puse a dormir. No soñé, ni nada. Fue un sueño profundo, tranquilo, dulce. Todavía puedo recordar el éxtasis de ese sueño. Jamás había dormido en mi vida sueño tan benéfico. Cuando desperté, tenía mi cabeza acunada en su regazo y una luz santa, hermosa en su rostro, una expresión completamente diferente de todas las que había visto en su cara antes. Luego recordé el cuchillo y se apoderó de mí un gran miedo. Me levanté de un salto y miré en torno. Había cerrado la navaja, le había roto la hoja y la había arrojado a un rincón. Mi escómagó se puso a temblar cuando advertí el gran peligro que había corrido. Nos llevamos estupendamente bien durante un mes. En nuestras relaciones había una vida y un vigor nuevos. Durante ese tiempo, no tuvimos una sola disputa, el acero (lo que odio en una perra negra)

había desaparecido. Y, curiosamente, sentía que acтуaba con toda naturalidad, sin tener que andar fingiendo con ella. Parecía como si viviésemos esos días en un baile de ritmo perfecto, de pasos precisamente armonizados. Luego, un día, andábamos en coche y me pasé una luz roja por una tracción de segundo y entonces se me acercó un motociclista. "Oye, muchacho—me dijo—, ¿qué, eres daltónico?" No quería que me pusiese una multa y decidí darle por su lado. Me puse a actuar, le ofrecí una gran sonrisa y le expliqué que lo sentía muchísimo, que había creído poder pasar a tiempo, pero que mi viejo automóvil era demasiado lento. Me habló de mala manera, me echó todo un sermón acerca de lo importante que era que yo obedeciese las leyes y reglamentos y de que una sociedad no se puede regir y administrar si nadie obedece la ley. Le solté un montón de sí señor y de no señor y entonces me dijo que me largase y que me portase bien. Cuando arranqué, volví la mirada hacia mí mujer y vi que estaba furiosa conmigo. La dulzura de los últimos días se había estumado y era de nuevo de acero y de granito. Al llegar a casa, traté de comenzar una pelea, pero me negué a responder. Sin decir una palabra más recogí todas sus cosas y me dejé. La perra me cortó como nadie me había cortado. Me cortó para siempre. Se consiguió otro macho. Se la pasaban peleando por las calles. A ese tipo le gustaba pelear con ella tanto como a ella le gustaban las peleas. Eran muy felices juntos. Después, mató al tipo. Le disparó en la calle, lo mató como a un perro, y ganó el pleito en los tribunales. Lo llamaron homicidio justificado. Luego, la perra se cambió el nombre y comenzó a cantar profesionalmente. Tuvo un gran éxito, y su nombre y su retrato aparecieron en todas las revistas y periódicos. A veces me iba a verla actuar en los clubes nocturnos. Era formidable. Ganó un montón de dinero. Y luego, ¿a que no saben lo que hizo? ¡Se casó con un blanco!



El tipo era un vagabundo, un bueno para nada, no hacía ni deshacha nada. No tenía ni un centavo cuando se casó con ella. Ella le dio todo su dinero. Se comió su cuenta bancaria. Se compró un gran club nocturno y luego se divorció de ella. Después de eso, perdió su habilidad y comenzó a caer y a rodar, rodar, rodar. Su capacidad de ganar dinero se redujo prácticamente a nada. Abandonó toda esa vida y comenzó a cantar música de iglesia. Espirituales. Ingresó en una iglesia, se volvió muy religiosa. Todo el mundo decía que se había enamorado de Jesús y que en él había encontrado finalmente a su hombre. Allí está ahora, en esa iglesia. Desde entonces, he creído siempre que el casarse con un blanco, es para una mujer negra como añadir la última estrella a su corona. Es el colmo del triunfo en su propia opinión, y en la de sus hermanas. Piensen en cuántas famosas celebradas negras se han casado con blancos. Todas las negras que no son celebridades desean serlo para poderse casar también con blancos. Los rubitos son los hombres de sus sueños. Cuando lo besan a uno, no es a uno al que besan realmente. Cierran los ojos y sueñan con el príncipe blanco de su fantasía. Oíd lo que se dice. . . Jesucristo, el puro, es el novio psíquico de la mujer negra. Antes de morir, aprendedéis que durante el coito y en el momento de su orgasmo, la negra, cuando le comienzan los espasmos, grita el nombre de Jesús. "¡Oh, Jesús, ya me vengol, le grita. Y eso le duele a uno. Es como un cuchillo en el corazón. Es como si tu mujer, durante el orgasmo pronuncia el nombre de algún carita que vive en tu misma cuadrada. Ahora os quiero decir algo directa-mente relacionado con esto. Es verdad que nunca lo he entendido y no creo llegarlo a entender jamás. Pero lo he visto y tal vez tus hermanos lo podrán entender y pueda seros útil, tal vez os ayude a triunfar. Hay una enfermedad en los blancos que constituye el meollo de su locura y esta enfermedad los

hace obrar de muchas maneras diferentes. Pero a algunos de ellos los hace obrar de una manera que parece contradecir todo lo que sabemos de los blancos y que llena de confusión a muchos negros cuando se tropiezan con ello por primera vez. . . Hay blancos que le pagan a uno por acostarse con sus esposas. Se le acercan a uno y le dicen: "¿No te gustaría acostarte con una blanca?" "¿Qué te traes?", le pregunta uno. "No tengas miedo, no hay trampa —le asegura a uno—, es mi esposa. Necesita una verga negra, es todo. De veras lo necesita. Es como una medicina o una droga para ella. Lo necesita. Te pagará. Te aseguro que no hay trampa. ¿Quiéres?" Te vas con él y te lleva a su casa. Los tres os metéis en la habitación. Hay un cierto tipo que lo deja a uno con su mujer a solas, y le dice que le dé duro. Después de que todo ha terminado, le paga a uno y lo lleva en coche a donde quiera ir. Hay también a quienes les gusta mirar por el ojo de la cerradura y contemplar cómo copula uno con su mujer, o que se ponen a mirar por una ventana, o que se tiran debajo de la cama y se ponen a oír como chirría mientras se la está uno cogiendo. Hay otros tipos a quienes les gusta masturbarse sentados junto a la cama mientras contemplan cómo copula uno. Y hay los que sólo quieren para deshelarla, calentarla y ponerla en marcha. Luego le pide a uno que se quite a la carrera, para repárselo él y coger los dos juntos a partir de allí.

No se me ocurrió decir nada. No sabía qué decir. Estaba enfadado con el Intiel y asqueado por su monólogo y por la importancia que parecía conceder a esto. Yo soñaba en otras cosas y no podía apreciar lo que estaba contando. Estaba sentado junto a él, saboreando la extraña cualidad de la emoción que se había despertado en mí. No sé cuando comenzó a hablar el eunuco de mi izquierda, porque al principio me di cuenta de su voz como de un sonido puramente

nebuloso, incoherente, como puro ruido, y sólo después comencé a distinguir las palabras:

—... ¡estoy hartol! Todo lo que has dicho está torcido, todo está muerto y apesada, todo es deforme, descarnado, desentonado, descentrado. El eunuco lo miraba desafiantemente.

—Sí, lo sé—dijo el Infiel—, y vosotros, jovenzuelos, creéis que se está acercando la gran oportunidad de cambiar todo eso. Todo el que sueña sueños de opio cree que su momento, su oportunidad, ha llegado. Pero ahora sí, tenéis que reconocer que el hombre blanco se quedó con su perra. ¿No nos dejó sin nada, eh? ¿No se quedó con todo? Se quedó con todo lo que le convenía, se entusiasma y le quitó todo lo que pudo a todos los demás, sin exceptuar a otros blancos. ¿No es eso una chingadera?

El Infiel pasó la mirada sobre cada uno de nosotros. Ninguno le respondió. Nos quedamos mirándolo, contemplando su rostro, sus ojos, su suave piel acolcolatada. Luego, se soltó a reír, hasta sacudir todo su obeso cuerpo. No sabíamos de qué se reía. Le salía desde dentro, pero en su rostro había pesar, como si no estuviese disfrutando de su risa. Varias veces trató de decir algo, pero pudo más la risa. Finalmente, barboteó:

—Hay que reconocerle sus méritos al demonio—y se soltó de nuevo a reír a carcajadas y bufidos.

Cuando terminó la risa, comenzó a golpetear en la mesa con sus dedos cortos y gordos.

—Hace tiempo tuve un amigo muy íntimo—dijo—. Crecimos juntos, no importa dónde. Fue el mejor amigo que he tenido, lo quería más que a un hermano. Éramos inseparables, como uña y carne. Cuan-do éramos niños, hicimos un juramento de sangre, como los guerreros indios. Él y yo solitos. Hicimos un pacto de camaradas para toda la vida.

Sus pensamientos vagaron por un momento. Aparecieron en su frente diminutas gotas de sudor.

—Pero algo ocurrió y yo... yo... me fui... no lo vi, ni oí hablar de él durante muchos, muchos años. Luego, por último, regresé... a ese lugar. Quería ver otra vez mi tierra. Decidí buscar a mi viejo amigo. Después de buscarlo me encontré con que estaba en un hospital. En un manicomio. Allí se habla estado, durante todos aquellos años. Lo fui a ver. Había cambiado tan completamente que no creo que le hubiese podido reconocer de no ser por los ojos. Nunca olvidaré sus ojos, nunca. Tenía ojos como dicen que tiene Jomo Kenyatta, que son capaces de atravesar un muro de ladrillos.

El Infiel levantó la mano y apuntó al eunuco de mi izquierda.

—Mi amigo tenía sus ojos, sólo que más, más intensos, como los de este hermano—dijo. Una mirada asustada, embarranzada apareció en su rostro durante un momento, pero la borró rápidamente. El eunuco de mi izquierda se removió en su silla.

—Pero mi amigo me reconoció—siguió diciendo el Infiel—. Inmediatamente supo quién era yo. No tuvo que andarme buscando en su memoria, como se hubiese podido creer, después de todos esos años. En el preciso instante en que entró en la sala de visitas me di cuenta de que me había reconocido, aunque no me llamó por mi nombre. Nos sentamos ante una mesa y me dijo: “¡Ah, pensé que nunca vendrías! Ahora podemos lanzarnos a realizar nuestra gran empresa! Transformaremos a la orgullosa Europa en una casa de putas internacional, y hombres de todos los rincones de la tierra irán en peregrinación allí y fecundarán al agotado suelo humano con sus ricasy viriadas simientes!” No le dije nada, no le podía decir nada. Me le quedé oyendo. Hablaba y hablaba. Me hizo pensar en el pasado, pasado, pasado. Luego, tuvo que irme. Le prometí volver al día siguiente. Se lo llevaron. Nunca regresé. Desde que se lo estaba

prometiendo, sabía que nunca habría de volver.

El Infiel se detuvo, tragó saliva. Estaba luchando consigo mismo, esforzándose por dominar algo poderoso, torrencial, que quería salirse. Se advertía la fuerza terrible de la agonía que le comía las entrañas. Murió dos semanas más tarde mi amigo, a causa de las heridas que se causó el mismo al darse de cabezazos contra el borde de un pilar de concreto. Durante muchos minutos, nadie habló. Todos es-tábamos sumidos en nuestros propios pensamientos. Por último, el eunuco de mi izquierda, le dijo con voz helada:

—Puerco Lázaro. Lo mataste. Lo asesinaste. Lo traicionaste.

El Infiel trató de replicar, pero no pudo con el esfuerzo. El eunuco de mi izquierda le dijo al Infiel: —Lo que te pasa, Lázaro, es que no puedes sopor-tar la visión de la sangre del amo.

El Infiel pareció sorprenderse: —El mundo —dijo lentamente—, no puede soportar otro baño de sangre.

—El mundo es hemofílico —le replicó el eunuco—. ¡Miralo! Cuando ha dejado de sangrar, en este Ni por un instante está sangrando por alguna parte. Ahora mismo, mientras nos estamos aquí hablando, al-guien, en alguna parte, está apuntando con todo cui-dado contra otra persona, contra un enemigo. Alguien está tirando una cuchillada, a un enemigo. Alguien está prendiendo una bomba, para lanzarla a un ene-migo. En África, en Asia, en América del Sur y aquí mismo, en los buenos y viejos Estados Unidos, la sangre está corriendo. Ponte a escuchar la radio, o mira la televisión, ahora mismo, y las primeras noti-cias que recibirás serán de sangre derramada, de nu-mero de cadáveres contados. Coge un periódico, o una revista, y estarán empapados de sangre. La san-gre escurre de las pantallas de la televisión. ¿Por qué te horroriza oír hablar de sangre?

—Sí, el mundo está sangrando —dijo el Infiel—,

pero se está desangrando hasta morir. ¿Cuánto tiem-po aguantará? —Se estremeció al oír su propia pre-gunta.

—La sangre es un lubricante —dijo el eunuco de mi izquierda—. Prepara el camino y le permite a la gente zafarse del más apretado cepo. ¡No anda uno jugando con un embotellamiento de troncos, hombre, lo que hay que hacer es dinamitarlo!

—¡Estás sediento de sangre! —dijo el Infiel, ha-blándole directamente al eunuco de mi izquierda—. Pero no servirá de nada.

—¡Sí! —respondió el eunuco—. Tengo sed de san-gre, de sangre del hombre blanco. Y cuando la beba, quiero beberla a grandes tragos, porque es muy gran-de la sed que tengo que saciar. ¡Quiero beber por cada hombre, cada mujer y cada niño negros arras-trados hacia el matadero desde las riberas de África,

por cada uno de mis hermanos y mis hermanas que padecieron desvalidamente en las calas podridas de los malditos barcos de esclavos (por tu amigo, que se aplastó los sesos en aquel manicomio), quiero beber la sangre del hombre blanco por cada onza de mi carne y de mis huesos que aplastó y rompió en las islas del Caribe, por todas las almas de los hom-bres negros despedazadas en los fétidos campos del Viejo Sur y por cada uno de los linchados y despe-dazados en la ciénaga hedionda del Nuevo Sur, y en el Norte, Este y Oeste de los infiernos de los Es-tados Unidos! Sólo la sangre del hombre blanco puede aliviar el dolor que siento. Te encoges ante la idea de derramar la sangre del hombre blanco, Lázaro vetusto, pero te digo que ha llegado el día en que me meteré en el congreso de Mississippi soltando balas con mi ametralladora y lanzando bombas de mano. Puesto que voy a morir, decididamente habré de matar.

—No —dijo el Infiel—, . . . no, más sangre no hará sino amontonar crimen sobre crimen, ¡No!

De pronto, se levantó de la mesa, nos miró como si estuviese a punto de decir sus últimas palabras, como un criminal ante un jurado que sabe que está a punto de enviarlo a la horca. Respiró profundamente, como lo había hecho antes, y se le cayeron los hombros.

—Sangre sobre sangre; crimen sobre crimen; ladrocinia sobre ladrocinia de sangre de una nueva loca Torre de Babel que también se vendrá abajo... No puede haber triunfo en la sangre. Luego se dio la vuelta y caminando vacilante se fue apartando poco a poco de la mesa.

Lo contemplamos mientras se iba alejando. Se detuvo y volvió la cabeza hacia nosotros, como si esperase, como si deseara que lo llamásemos, que lo hicésemos regresar. Después, nos dio las espaldas y desapareció de nuestra vista, de nuestras vidas.

## LA MITOSIS PRIMIGENIA

Y Jehová Dios hizo caer sueño sobre Adam, y se quedó dormido: entonces tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar; y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y trájola al hombre. Y dijo Adam: Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne: ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.

gènesis 2:21-23

Es como si, en la evolución del sexo, una partícula se hubiese separado un día de un cromosoma X y, después, en relación con los cromosomas X pudiese producir solamente una hembra incompleta, la criatura a la que ahora llamamos macho. Es a esta deficiencia cromosómica original a lo que pueden atribuirse los diversos trastornos que afligen al varón.

ASHLEY MONTAGU, *The Natural Superiority of Women*

Yo creo que *cualquier* clase sometida ha de estar más acostumbrada a la sexualidad que una clase ociosa. Una clase ociosa podrá estar más *preocupada* por la sexualidad; pero una clase sometida está más empapada de sexualidad.

Observen, las clases superiores están obsesionadas por el sexo, pero contienen muy poco del mismo en ellas. Utilizan demasiado sexo en sus manipulaciones de poder. De hecho, cambian el sexo por poder. De manera que se restringen en su sexualidad, en tanto que las clases sometidas tienen que tomar sus deseos de poder y enterrarlos de nuevo en el sexo.

Las raíces de la heterosexualidad se hunden en la elección evolutiva realizada hace muchísimo tiempo, en algún brumoso pasado (pero no tan remoto que no pueda ser alcanzado por el largo brazo de la mente), por algún precursor desconocido del *Homo sapiens*. Al levantarse de algún lóbrego pantano, de algún lodazal mal oliente, o de alguna apacible pradera, ese ancestro desconocido del Hombre/Mujer, por alguna curiosa mitosis de su esencia, dividió su Yo Unitario en dos, en los hemisferios masculino y femenino de la Estera Primigenia. Estos hemisferios evolucionaron hasta convertirse en lo que hoy llamamos hombre y mujer.

Cuando la Estera Primigenia se dividió, estableció una tensión fundamental de atracción, un dinámico magnetismo de los opuestos (el Impulso Primigenio) que ejerce una atracción irresistible entre los hemisferios masculino y femenino, y tiende perpetuamente a fusionarlos de nuevo en una unidad en la cual el macho y la hembra realicen su verdadera naturaleza, la perdida unidad de la Estera Primigenia. Es ésta la motivación eterna e inflexible de los hemisferios masculino y femenino, del hombre y de la mujer, para trascender la Mitosis Primigenia y alcanzar la identidad suprema en la Fusión Apocalíptica.

Cada mitad de la ecuación humana, los hemisferios masculino y femenino de la Estera Primigenia, tiene que prepararse para la fusión alcanzando una Imagen Sexual Unitaria, es decir, una identidad heterosexual exenta de los impedimentos reciprocamente excluyentes, antagonicos y antitéticos de la homosexualidad (el producto de la fisura de la sociedad en clases antagonicas y de una cultura y una civilización moribundas, alienadas de su ideología).

La perpetua búsqueda que el hombre lleva a cabo en pro de una Imagen Sexual Unitaria, la cual sólo puede alcanzarse en una Sociedad Unitaria, se convierte en una fuerza impulsora fundamental de la

Lucha de Clases, que es, a su vez, la dinámica de la historia. La búsqueda de la Fusión Apocalíptica encontrará condiciones óptimas únicamente en una Sociedad sin Clases, pues la falta de clases es la condición *sine qua non* de la existencia de una Sociedad Unitaria en la cual pueda alcanzarse la Imagen Sexual Unitaria.

Cada estructura social proyecta en la pantalla de las posibilidades sexuales, masculina y femenina, realizables dentro de los límites de esta sociedad. Las personas de esa sociedad están motivadas e impulsadas por el perenne anhelo de la Fusión Apocalíptica, para alcanzar esta suprema identidad, o acercarse lo más que puedan a la perfección de la Imagen Sexual Unitaria. Todo lo que estorba a la realización de esta imagen se convierte en causa de alienación, en obstáculo que se levanta en el camino del Yo que busca realizar su identidad final.

Puesto que cada sociedad proyecta su propia imagen sexual, la Sociedad Unitaria proyectará una Imagen Sexual Unitaria. De tal modo podemos postular, ajustándonos al modelo de Marx, que en la antigua sociedad comunista, que no estaba escindida en clases antagonicas, existía una Sociedad Unitaria en la que una Imagen Sexual Unitaria coincidía de manera natural con el modo de vida de la gente. Esta es la inocencia perdida del Jardín del Edén.

La Sociedad de Clases proyecta una imagen sexual fragmentada. Cada clase proyecta una imagen sexual que coincide con su función-clase en la sociedad. Y como su función-clase difiere de las otras clases, su imagen sexual difiere también, y en la misma proporción. La fuente de la fragmentación del Yo en la Sociedad de Clases consiste en la alienación de su función de la Mente del hombre y la función de su Cuerpo. El hombre, en su calidad de pensador, cumple una función Administrativa en la sociedad. El

hombre como hacedor cumple una Función de Fuerza Bruta. A estas dos funciones fundamentales me las represento simbólicamente, cuando están encarnadas en hombres vivos que actúan en sociedad, por el Administrador Omnipotente y por el Criado Super-

masculino.

Puesto que todos los hombres han sido creados iguales, cuando el Yo es fragmentado por la operación de las leyes y fuerzas de la Sociedad de Clases, los hombres de las clases que constituyen la élite usurpan la Función Administrativa y controladora de la sociedad en su conjunto, es decir, usurpan el componente administrativo de la naturaleza y la biología de los hombres que pertenecen a las clases inferiores. El poder administrativo se concentra en la cúpula de la sociedad, en la Figura Divina de la sociedad (farosón, rey, presidente, director). El poder administrativo de los que están debajo de la cúpula es delegado. Aquellos que pertenecen a clases en las que no se ha delegado poder administrativo tienen suprimido, alienado, privado de expresión el componente administrativo de sus personalidades. A los que han usurpado la Función Administrativa los llamaremos Administradores Omnipotentes. Dedicados a luchar entre sí por alcanzar las posiciones más elevadas en la jerarquía administrativa, repudian el componente de Fuerza Bruta que tienen en sí mismos, pretenden no tener ningún parentesco con él y lo proyectan en los hombres de las clases inferiores.

Todos los varones de las clases situadas por debajo del Administrador Omnipotente, o persona divina de la sociedad, están alienados del componente administrativo que llevan en sí mismos en proporción a la distancia que los separa de la cúpula. Es decir, perciben su alienación en función de su distancia respecto de la cúpula. Esta acepción de su alienación en función de la cúpula es una ilusión. De hecho, su alienación debe medirse por la distancia a que se

encuentran de la realización de una Imagen Sexual Unitaria, que es la etapa del despegue o desamarre de la Fusión Apocalíptica. Generalmente, en una fragmentada Sociedad de Clases, el impulso fundamental de los Administradores Omnipotentes es el de menospreciar sus cuerpos y glorificar sus mentes. A quienes se les ha asignado la Función de Fuerza Bruta los llamaremos Criados Supermasculinos. Están alienados de sus mentes. Para ellos, la mente tiene importancia únicamente en la medida en que les permite recibir, comprender y ejecutar la voluntad de los Administradores Omnipotentes.

La Sociedad de Clases encierra una predisposición, que tiende a perpetuar el sistema social. Los Administradores Omnipotentes, queriendo preservar lo que entienden que es su posición y su modo de vida superior, tienen una reacción negativa, desde un punto de vista racista y también a nivel individual, ante cualquier influencia social que tienda a incrementar el número de varones aptos para cumplir las funciones de la administración. Cuando se tropieza con algo que podrá mejorar la suerte de quienes están debajo de él, lo primero que manifiesta el Administrador Omnipotente es un reflejo "anti" fundamental.

Toda liberalidad que pueda exhibir es una indicación del grado en que ha suprimido su reflejo "anti", y es en sí misma parte de su apetito de omnipotencia. Su liberalidad, de hecho, es caridad.

El Criado Supermasculino advierte claramente que la superioridad de los Administradores Omnipotentes respecto de él se funda en el desarrollo de sus mentes y en el poder que pueden ejercer a consecuencia de eso mismo. Por consiguiente, su primer reflejo es un reflejo "pro". Por ejemplo, está en pro de la educación universal gratuita. La debilidad, la fragilidad, la cobardía y el afeccionamiento, entre otros atributos, están asociados a la Mente. El vigor,

la fuerza bruta, la energía, la virilidad y la belleza física están asociados al Cuerpo. De tal manera, las clases superiores, o de los Administradores Omnipotentes, están perpetuamente asociadas a la debilidad y el decaimiento físicos, a los cuerpos mal desarrollados, al ateminamiento, a la impotencia sexual y a la frigidez. La virilidad, la fuerza y el vigor están asociados a las clases inferiores, a los Citados Super-

En la sociedad feudal, a los hombres de la nobleza, que eran los Administradores Omnipotentes por Derecho Divino, se les consideró generalmente débiles, delicados y ateminados, dotados de todas las afectaciones propias de los homosexuales descartados. A los siervos y campesinos se les consideró físicos-

mente fuertes, resistentes, macizos, fecundos, "super-masculinos".

La imagen del Administrador Omnipotente, de

que es marcadamente ateminado y delicado por razón de su explícita repudiación de su cuerpo y de su renuncia al mismo, por preferencia de su mente, es decisiva para la imagen de la mujer de las clases

que constituyen la élite. *Aun cuando su hombre es ateminado, se le pide que posea y proyecte una imagen que establezca un marcado contraste con la suya, para que la imagen ateminada de su hombre, gracias al notable contraste en grado de feminidad, pueda percibirse todavía como masculino.* Por lo

tanto, se vuelve "Ultrafemenina".

A fin de proyectar una imagen de Ultrafeminidad, las mujeres de la élite repudian la Función Doméstica de la mujer, renuncian a lo que es, en la historia, el equivalente de la función de la Fuerza Bruta en el varón. Para realzar su imagen y aumentar su feminidad, el componente doméstico de su naturaleza se proyecta en las mujeres de las clases inferiores, y la feminidad de las mujeres que están por debajo

de ellas queda correspondientemente disminuida. En efecto, se produce una especie de traspaso. La mujer de la élite absorbe en su ser la feminidad de la mujer que está por debajo de ella, y extriipa su componente doméstico; la mujer que está debajo de ella absorbe el componente doméstico del que se ha desprendido la mujer de la élite y cede su propia feminidad. La mujer de la élite, de tal modo, se vuelve *Ultrafemenina* en tanto que la que está debajo se vuelve *Subfemenina*. En la imagen social, la mujer de las clases inferiores se convierte en Amazona.

De tal manera, se establece en la Sociedad de Clases una inversión dialéctica por demás curiosa y compleja. El Administrador Omnipotente se ve lanzado a una búsqueda perpetua de su cuerpo alienado, de la afirmación de su instable masculinidad. Se convierte en un adorador de la aptitud física sobresaliente, o puede optar por despreciar el cuerpo y todo lo asociado con el mismo. Como teme a la impotencia, impotencia que está implícita en su negación y abdicación de su Cuerpo, lo que más profundamente necesita es un testimonio de su virilidad.

Su opuesto, el Cuerpo, el Citado Supermasculino, es una amenaza para el concepto que de sí mismo tiene (y, para colmo de males, esta amenaza percibida y este miedo resultante están reforzados decisivamente por el hecho de que los hombres que están debajo de él constituyen una amenaza para él *en realidad*, porque la meta de su vida consiste en destruir su Omnipotencia sobre ellos). Los considera enemigo e inferiores, hombres de menos calidad que él y los de su clase. Los desprecia, los aborrece. Sin embargo, por causa de la fragilidad de su imagen y de su ser que lo llevan a adorar la masculinidad Omnipotente no puede menos de envidiar encubiertamente, y tal vez de manera extremadamente sublimada, a los cuerpos y la fuerza de los hombres más

alienados que están debajo de él (los que se encuentran más distantes de la cuspide de la administración) porque los hombres más alienados de la mente, serán menos diluidos por la mezcla con la Mente, serán percibidos como las manifestaciones más masculinas del Cuerpo: los Criados Supermascuinos. (Esta es precisamente la raíz, la fuente de la homosexualidad perpetuamente asociadas con el Administrador Omnipotente.) La dialéctica del Criado Supermascuino es la recíproca de la del Administrador Omnipotente. El Criado Supermascuino padece una fragilidad del cerebro por causa de su alienación respecto de la mente.

Como desprecia a la debilidad del cuerpo en sí mismo, el Administrador Omnipotente sentirá una aversión secreta o subconsciente por las mujeres de su propia clase, a causa de la Ultrafeminidad que han desarrollado para contrarrestar su ateminamiento. Al mismo tiempo, se desvivirá por ocultar su aversión y hacer creer que lo contrario es precisamente lo cierto. De tal modo convierte a su mujer en ícono y real y positivamente la venera. Le presta obediencia ritual a Ella, mientras se encuentra en un capilla de Su presencia. Después de subirla en un pedestal, se sale a buscar en otras partes la consumación de su insegura masculinidad. Puesto que las mujeres de la élite tienden a ser iguales, es decir, a proyectar una imagen homogénea de Ultrafeminidad, no pueden, a fin de cuentas, satisfacer su necesidad psíquica, la confirmación de su masculinidad. La fuerza calibra su propia potencia mediante el coitejo de otra fuerza. Para probarla, tiene que ir a buscarla donde se encuentre. Puede aficionarse a un deporte muy masculino, convertirse en un cazador de piezas mayores, en un escalador de montañas, etc. Puede encontrar satisfacción suficiente en alguna salida como para no tener ningún problema que le haga tomar conciencia de su fragilidad sexual. Puede no

advertir su impotencia porque lo ciegue el éxito deslumbrante y la superioridad alcanzados en otro campo.

Pero, en su búsqueda de confirmación de su masculinidad, anhelo que por lo común percibe como una búsqueda de satisfacción sexual y de nuevas conquistas, su atención es atraída, con la fuerza de la gravedad, por los potentes Cuerpos de las clases que están por debajo de él, por la fuerza. A veces explota sexualmente a los Cuerpos de "cuello blanco" de la oficina; después, en su descenso hacia la Fuente del Poder, tal vez se sienta atraído por los Cuerpos de "cuello azul" de la fábrica. Si estos Cuerpos lo dejan todavía presa de la lascivia y de la inseguridad, irá ahondando cada vez más por los estratos inferiores hasta encontrar su Bálisamo de Gilead sexual. Hay aquí una caja de Pandora llena de aberraciones sexuales.

El Cuerpo es tropical, cálido, hirviente, es fuego.

Es suave, agradable al tacto, delicioso al beso. La sangre es caliente. Los músculos son fuerza. *El movimiento fundamental de la mujer de la élite es la huida respecto de su cuerpo.* La debilidad del cuerpo femenino cuando se compara con el vigor del cuerpo masculino es un atributo evidente de la feminidad, según se manifiesta en las imágenes sociales. Por consiguiente, para realzar y subrayar la feminidad de su imagen (lo cual es obligatorio para que pueda establecer un marcado contraste femenino con la ateminada imagen de su hombre, el Administrador Omnipotente) procura aumentar la debilidad de su cuerpo y borrar todo rastro de fuerza, para distinguirlo todavía más de la forma ateminada de su hombre. Se llama *fea* a toda sombra de fuerza en su cuerpo. Habiendo proyectado su fuerza, su componente doméstico, en las mujeres de las clases inferiores, logra componer una imagen de fragilidad, debilidad,



impotencia, delicadeza, elegancia. Las sedas, los olanes, los encajes, las telas vaporosas son su elemento. En el reino del sexo, debido a que el acto de comercio sexual es, a la vez, un fenómeno físico y mental, una empresa en la que participan conjuntamente la Mente y el Cuerpo, su contradicción fundamental es la de ser físicamente inadecuada, siendo que es mentalmente voraz, por lo que su mente está en conflicto extremo con su cuerpo. El mecanismo de su orgasmo, que comienza en su cuerpo y termina en las profundidades psíquicas de su mente, se descompone y falla en la lucha entre su mente y su cuerpo.

Sentado al pie de su lecho, como la Estirge muda a las orillas del Nilo, está el Ogro de la Frigidez. Por causa de la calidad de su vida, le aterra la perspectiva de convertirse en prisionera perpetua de la cárcel de la frigidez. Su miedo fundamental es mieda a la frigidez, el estado en el cual su frenética búsqueda de la Ultrafemineidad choca con un casquete polar de muerte del alma: donde el fuego de su cuerpo queda extinguido por el hielo de su mente. El meollo psíquico de su sexualidad, el polo orientado hacia el varón de su Principio Femenino, el gatillo del mecanismo de su orgasmo, se mueve más allá del alcance del atornillado clitoris de su hombre. Frigida, fría, helada, hielo, antártica. Al final de la huida de su cuerpo se levanta una pared de hielo que llega hasta el cielo. (Una lesbiana no es más que una mujer frígida, un coño helado que tiene una grieta y una comba en la pared de su hielo.)

En proporción a la intensidad del miedo al hielo que siente la Ultrafemineina está su apetito psíquico de la llama, del calor del fuego: el Cuerpo. La Ultrafemineina, que busca satisfacción sexual, no encuentra más que agotamiento físico en la cama del Administrador Omnipotente, y es muy poco probable que encuentre allí satisfacción psíquica. Su "esposo

psíquico" es el Criado Supermasculino. El Administrador Omnipotente, que ha repudiado y rechazado su cuerpo, su componente masculino, el cual ha proyectado en los hombres que están debajo de él, no puede presentarle a su mujer, la Ultrafemineina, una imagen de masculinidad capaz de penetrar hasta las profundidades psíquicas donde está enterrado el tesoro de su orgasmo. Como el acto sexual es una empresa conjunta de la Mente y el Cuerpo, aunque satisface el cuerpo de ella y chupa su fuerza, no puede tocar ese punto mágico de su mente que dispara el mecanismo de su orgasmo. Desprovista de satisfacción psíquica, e inhibida por los usos y costumbres sociales para lanzarse a la búsqueda de su satisfacción sexual, no obstante lo cual cumple su función de madre y esposa del Administrador Omnipotente, la Ultrafemineina se convierte en célibe psíquica.

En el grado *n* de la escala del apetito psíquico de la Ultrafemineina (cuyos contornos pocos hombres o mujeres recorren a lo largo de toda su vida, pues ocurren a diversas formas de sublimación) se encuentra el falo andante símbolo del Criado Supermasculino. Aun cuando no haya tenido nunca trato sexual con un Criado Supermasculino, está plenamente convencida de que puede satisfacer su necesidad psíquica. No le habrá de costar gran cosa hacerlo, puesto que puede domar a las amazonas de su propia clase, con su cuerpo fuerte, y sus músculos vigorosos, su fuerza y su fuego, la fuerza impulsora de su cintura, el empuje de sus caderas y el penetrante acero de su pene. Pero lo que provoca la reacción sexual de la Ultrafemineina es que la atrae y tortura el conocimiento secreto intuitivo de que el hielo, calar hasta sus profundidades psíquicas, probar el aceite de su alma, fundir el témpano de su cerebro, conmover sus entrañas, detonar la bomba de su orgasmo y producirle una dulce liberación.

Lo que fastidia al Criado Supermasculino es el hecho de que lo han despojado de su mente. De manera insportablemente efectiva, la sociedad en que vive ha supuesto, en su estructura misma, que él, sin mente, es la encarnación de la Fuerza Bruta. Las predicciones y los reflejos de la sociedad se oponen al cultivo o inclusive al funcionamiento de su mente, y por todas partes se le hace saber que la sociedad está realmente sorda, ciega y muda a su mente. Los productos de su mente, a no ser que estén muy estrechamente vinculados con su función social de Fuerza Bruta, son vistos con malos ojos y despreciados por la sociedad en su conjunto. Cuanto más alejadas de la Fuerza Bruta estén sus producciones mentales, tanto más enfáticamente serán rechazadas y menospreciadas por la sociedad, que las tratará como invasiones de advenedizos al reino del Administrador Omnipotente. Sus pensamientos no cuentan para nada. No rige, regula, controla o administra nada. Antes bien, los administradores omnipotentes lo regulan, manipulan y controlan a él. La lucha de su vida es una lucha por la emancipación de su mente, porque se reconocen los productos de su mente, y porque se dé reconocimiento oficial al hecho de que tiene una mente.

En su sociedad se ha considerado que la Mente es superior al Cuerpo, y sabe que el es el Cuerpo y que el Administrador Omnipotente es la Mente. Es la Mente sobre la materia, y el Cuerpo es la materia. Despreciará al Administrador Omnipotente por su debilidad física y le envidiará por su mente; o tal vez desprecie su propio cuerpo y convierta en ídolo al débil cuerpo del Administrador Omnipotente. Inclusive podrá esforzarse por alcanzar una débil imagen física de sí mismo a fin de identificarse con la imagen del Administrador Omnipotente. Las personas que se encuentran en la base de la sociedad, donde vive el Criado Supermasculino, poseen una

tendencia, de sobra conocida, a adoptar el estilo, las normas, los modales y los hábitos de las clases superiores, de los Administradores Omnipotentes y de las Ultrameninas. Como es que se lleva a cabo esto es problema para el análisis de los sociólogos y de los psicólogos sociales en cuanto a lo colectivo, y de los psiquiatras y psicoanalistas en cuanto a lo individual. Lo que quiero trazar aquí es una perspectiva desde la cual podría iniciarse mejor tal análisis.

La esposa psíquica del Criado Supermasculino es la Ultramenina. Es la "muchacha de sus sueños". La delicada, frágil, desvalida Ultramenina ejerce una atracción magnética en él. Cuando la compara con su propia mujer, la fuerte amazona, que sabe valerse por sí misma, se le llena el alma de apetito por ella. Retrocede ante el exceso de fuerza inyectado en la Amazona por la Función Doméstica que cumple. Así también, como las normas de belleza son establecidas por la élite, la Ultramenina personifica la norma oficial de la belleza femenina para el conjunto de la sociedad. Influida por esta norma oficial de belleza, imbuído de la misma, mientras que, al mismo tiempo, se ve rodeado de Amazonas que no encarnan ese ideal y que, de hecho, chocan con él, el Criado Supermasculino adquiere un anhelo obsesivo, un deseo ferviente de contacto sexual con la Ultramenina. Agravan estos anhelos el hecho de que, en general, están condenados a la insatisfacción. La sociedad ha arreglado las cosas de manera que el Criado Supermasculino y la Ultramenina no tengan acceso el uno al otro, ni proximidad conducente a una estimulante relación sexual. En efecto, no pocas veces al Criado Supermasculino y a la Ultramenina se les ha perseguido ferozmente, cuando no se les ha dado muerte, por haber establecido contacto sexual.

La Amazona se encuentra en una situación singular. Tal y como su hombre ha sido privado de su virilidad, así ella ha sido privada de su plena femineidad. La sociedad ha decretado que la Ultrafemenina, la mujer de la élite, sea la diosa en el pedestal. La Amazona es la personificación del rechazado componente doméstico, la mujer a la cual no le sientan mal las manos agrietadas y entrojeadas de la tregona. La veneración y el respeto que tanto el Administrador Omnipotente como el Criado Supermasculino tienen por la imagen de la Ultrafemenina es fuente de profunda vejación para la Amazona. Envidia la existencia mimada, entre algodonos, de la Ultrafemenina y suspira por incorporar estos elementos a su propia vida. Alienada del componente femenino de su naturaleza, su reforzado componente doméstico es una carga terrible y una vergüenza de la cual quiere verse librada.

A la Amazona le cuesta trabajo respetar al Criado Supermasculino. Esencialmente, le parece que es un hombre a medias, un hombre incompleto. Puesto que no tiene soberanía sobre sí mismo, no tiene sobre ella esa soberanía que nuestros mitos patriarcales tradicionales le han hecho creer que el varón debería tener. En un nivel todavía más profundo, los apertitos y necesidades de la psique de la Amazona la llevan hacia la fuente del poder, hacia el receptáculo de la soberanía, atracción motivada por el impulso Primigenio a trascender la Mitosis Primigenia. Cuan-do la Estera Primigenia se escindió en los hemisferios femenino y masculino, el atributo de la soberanía se depositó en el hemisferio masculino, y este atributo ejerce una atracción magnética en el hemisferio femenino. Al usurpar la mente del Criado Supermasculino, el Administrador Omnipotente usó toda la soberanía; y por causa de su monopolio de la soberanía, es el esposo psíquico de la Amazona. Como en otro sentido, sin embargo, la atrae también

el cuerpo del Criado Supermasculino, la Amazona se siente perdida entre estos dos mundos de sus anhelos.

Así pues, y en resumidas cuentas, existirán en la Sociedad de Clases dos conjuntos de imágenes rivales. Aspirantes a la corona de la masculinidad están la imagen basada en el Cuerpo y la basada en la Mente; aspirantes a la corona de la femineidad están la imagen fundada en los atributos de fuerza, desvalida y otra fundada en una Ultrafemineidad débil y de confianza en sí misma de la Amazona. En una sociedad que tenga una población racialmente homogénea, en la que las personas de arriba sean, racialmente, las mismas que las de abajo, las imágenes rivales no se excluyen recíprocamente. Un Criado Supermasculino, por ejemplo, que reciba la educación necesaria para ejercer el papel de Administrador Omnipotente, puede llegar a convertirse en miembro de la élite y funcionar de acuerdo con ella; dando por supuesta la existencia de alguna movilidad social vertical, la cual, claro, no siempre es el caso. Pero aun cuando se le impida de hecho ascender por la escala social, el Criado Supermasculino por lo menos se podrá imaginar que lo logra sin tener que saltar primero ningunas barreras biológicas. De igual manera, un Administrador Omnipotente puede descender por la escala social, desarrollar sus músculos y cavar la tierra como el más consumado labrador de su hacienda. Las mujeres, también, pueden descender o ascender, según sus méritos, sin tener que romper una cadena biológica.

Pero en una sociedad en la que existe un sistema de castas racial, en la que las personas de arriba se distinguen notablemente de las de abajo lo mismo por la raza que por la imagen social, entonces los dos conjuntos de imágenes rivales pueden llegar a considerarse recíprocamente excluyentes. El abismo que media entre la Mente y el Cuerpo, parecerá coincidir

con el abismo que separa a las dos razas. En ese momento, el miedo de mestizaje biológico se trueca en imágenes sociales; y puesto que la distinción entre las dos razas está fundada en la biología, la distinción social entre la Mente y el Cuerpo se convierte en sagrada. Todo intento del Criado Supermasculino por curar su herida y recuperar su mente será interpretado como un malvado desecho de trascender las leyes de la naturaleza mezclando, mestizando, revolviendo razas. Por el otro lado, si a un miembro de la élite se le ocurre salvar la distancia, su acto se considerará como la forma más bestial de degeneración y de tracción a la casta. Miedos y emociones profundamente arraigados, que están de hecho conectados con rasgos biológicos y son parte de un mecanismo que contribuye a la supervivencia racial y étnica, se ligan a imágenes sociales y, de tal modo, se transforman en armas de la lucha de clases. Los miedos raciales son armas de la lucha entre el Administrador Omnipotente y el Criado Supermasculino por el control de la soberanía sexual.

El Criado Supermasculino y la Amazona son los que menos alienados están de la cadena biológica, aunque sus mentes (especialmente la de los criados supermasculinos) se encuentran en un estado general de subdesarrollo. No obstante, son la riqueza de una nación, un depósito abundante de materia prima humana, sin agotar, sin adulterar, del cual depende el futuro de la sociedad y con el cual, a través de la implacable marcha de la historia hacia una democracia y una igualdad cada vez más amplias, la sociedad se renovará y transformará a sí misma.

## CONVALESCENCIA

...tal y como en mi niñez envidié a los negros por lo que me parecía ser su masculinidad superior, así hoy los envidio por lo que me parece ser su gracia física y su belleza superiores. He llegado a apreciar enormemente la gracia física, y ahora soy capaz de sufrir con todo mi ser cuando veo a una pareja de negros bailar o a un negro jugar beisbol o basquetbol. *Guardan con sus propios cuerpos las relaciones que yo quisiera guardar con mi propio cuerpo, y por esa cualidad preciosa me parecen a mí bienaventurados.* [Las cursivas son mías.]

NORMAN PODHORETZ, "My Negro Problem — And Ours", *Commentary*, febrero de 1963

¿Por qué envidiarle al negro su gracia, sus destrezas físicas? ¿Por qué no preguntarnos por la razón que impide que la gracia y la destreza físicas se conviertan en propiedad general de los jóvenes? El señor Podhoretz habla de la respetabilidad blanca, de la clase media... ¿qué significa esto, si no estar al margen del proceso de trabajo, del proceso laboral, del proceso creativo, como tales? Así pues, la solución no consiste en la liquidación directa de la barrera del color, a través de la liquidación del color, sino más bien en establecer una mayor conexión con lo físico para los blancos; y una mayor conexión con lo intelectual para los negros... [Las cursivas son mías.]

IRVING LOUIS HOROWITZ, *Commentary*, junio de 1963

una *mente propia*. El registro, creo yo, es claro e inequívoco. El pacto que parece haberse concertado es el de que los blancos tendrán que acudir a los negros para que les enseñen a mover el Cuerpo, mientras que los negros tendrán que acudir a los blancos para que les confíen el secreto de la Mente. Es una misión como la de Chubby Checker, para propalar la *buen nueva* del twist, y enseñar a los blancos, a los que la historia les había enseñado a olvidar, cómo mover las caderas de nuevo. Es una destreza que indudablemente debieron tener en otro tiempo, pero que abandonaron por los sueños puritanos de huir de la corrupción de la carne, dejando los errores del Cuerpo para los negros.

En los años vertiginosos e intensos transcurridos desde la interdicción de la segregación en las escuelas, en 1954, ha aparecido en el escenario norteamericano un sarpullido de fenómenos de masas aparentemente inconexos entre sí, que se apartan radicalmente de la norma prevaleciente del *hot dog* y de la leche maitcada, de la atmósfera exangüe, anticuada y sosa, superficial, anónima de domingo por la mañana que estaba sofocando el alma de la nación. Y todo esto en un país donde los llamados forjadores de la opinión pública, los escritores, políticos, maestros y choferes de taxi son eufóricos y deliberados mentirosos, o avestruces y lechuzas sabelotodo, una pandilla de fantasmáticas clandestinas, un montón de Walter Jenkinsens, un hervidero de serpientes bebedoras de café, fumadoras de cigarrillos, aviesas, lameculos, buscadoras de posición y rango, tramposas, neuróticas, impotentes, atiborradas de tranquilizadores, anticuadas. Nada tiene de extraño que muchos "inocentes", los manipulados y los estimulados, algunos de los cuales hubiesen aceptado algo de misterio y aun de aventura, se hiciesen un lío fenomenal en sus mentes. Esos observadores no estaban preparados para sentir

Si la separación de los negros y de los blancos en los Estados Unidos, en función de la barrera de color, tuvo como consecuencia, para decirlo con imágenes sociales, la separación de la Mente respecto del Cuerpo (en la que los opresores blancos usurparon la soberanía al monopolizar la Mente, abdicar al Cuerpo y trocarse en inmatériales Administradores Omnipotentes y Ultrapotentes, y los negros oprimidos, despojados de la soberanía y por consiguiente, de la Mente, fueron expresión del Cuerpo y se convirtieron en descebrados Criados Supermasculinos y Amazo-nas negras), si es así, entonces, la decisión de la Suprema Corte de los Estados Unidos, en 1954, en el caso de *Brown contra la Junta de Educación*, que demolió el principio de la segregación racial en la educación pública y llegó a la raíz misma de la práctica de la segregación en general, fue una gran operación quirúrgica practicada por nueve hombres vestidos de togas negras en la Línea Maginot racial que está empotrada tan profundamente como el sexo o el apetito de lucro en la cismática psique norteamericana. Esta operación de cirugía social, si llega a tener éxito, ejecutada sin uso de ningún anestésico salvo el de Dios y la Constitución, en una tierra en la que Dios ha muerto y la Constitución ha vivido en estado de coma durante 180 años, será más maravillosa que un afortunado trasplante de corazón, puesto que significará el injerto de la Mente de la Nación en su Cuerpo, y viceversa.

Si lo anterior es cierto, entonces la historia de los Estados Unidos en los años subsiguientes al edicto axial de la Suprema Corte habrá de ser un registro de la convalescencia de la nación. Y cuando nos pongamos a investigar, habremos de poder descubrir a los Administradores Omnipotentes y a las Ultrapotentes, y a los Criados Supermasculinos y a las Amazonas mientras lidian con sus Cuerpos alienados, ignorados, y a los Criados Supermasculinos y a las Amazonas mientras tratan de adquirir y hacer valer

o *saber* que un rompimiento radical, un salto revo-  
lucionario hasta perderse de sus vistas, había tenido  
lugar en las partes secretas del alma de esta nación.  
Era como si un vehículo sin conductor se precipitase  
a toda velocidad por la noche norteamericana, a lo  
largo de una calle a oscuras y en dirección a un muro  
de piedra, y fuese abordado, al vuelo, por un fan-  
tasma furtivo, de expresión babeante que, en el úl-  
timo momento, antes del caos y del desastre, des-  
viase al vehículo por un suave pavimento que con-  
duce al futuro y a la vida; y pedirles a estos norte-  
americanos que comprendan que eran los pasajeros  
de este vehículo sin conductor y que el fantasma las-  
civo era el meneco sexual del twist de los sábados por  
la noche, o el "Yeah, yeah, yeah, yeah", que los Beatles  
le robaron a Ray Charles, pedirles a estos libertinos  
calvinistas que adviertan la existencia de los vincu-  
los lógicos y recíprocos es más cruel que pedirle a  
un fanático de la música *okie* \* que aprecie las notas

de John Coltrane.  
Al principio de la era, hubo un ladón con una  
comenzón del séptimo año que sabía que los avestruces  
y las lechuzas habían sido sobornados con una "mor-  
dida" de Eufonia, que es lo que les gusta. El ladón  
sabía que no tenía que esperar a la complicitad de  
la noche, que con toda impunidad podría andar a la  
luz del día por la plaza, estirar los dedos, pescar  
lo que se quería robar, venderse al comprador de  
checo mientras los avestruces y las lechuzas, demo-  
rándose y complaciéndose en la Eufonia, unos con la  
cabeza en un agujero (cualquier agujero) y otros con  
la cabeza en las nubes, coclearían, murmurarían y  
prohibirían que se hablase mal de nadie.

De manera que apareció Elvis Presley, rasguando  
una extravagante guitarra y moviendo las caderas por  
todo el continente, haciéndose de fama y de fortuna  
a medida que lo iba recorriendo y, como otro mítico  
\* *Okie*: de Oklahoma. La música del Oeste, de *cowboys*. [E.]

Johnny Applesed, \* sembrando las semillas de un  
nuevo ritmo y un nuevo estilo en las almas blancas  
de los jóvenes de los Estados Unidos, cuyo apetito  
y cuyas necesidades interiores ya no se podían satis-  
facer con los zapaticos blancos, anti-sépticos, y las can-  
ciones más blancas aun de Pat Boone. "Haz lo que  
quieras — cantó Elvis a los zapatos blancos de Pat  
Boone — pero! no me pises mis zapatos azules de ga-  
muzal!"

Durante este período de fermento y de comienzos  
de muchas cosas, y aproximadamente por el tiempo  
en que los negros de Montgomery, Alabama, inicia-  
ron su histórico boicot de los autobuses (dando ori-  
gen al liderazgo de Martin Luther King, indicando a  
la nación que, con esta iniciativa, con este primer  
paso afirmativo, en alguna parte del universo se ha-  
bía desplazado una palanca de la maquinaria), algo,  
un blanco, una meta, entró en foco. Las tensiones  
de la psique norteamericana habían abierto una  
brecha en la Línea Maginot racial y a través de  
esta brecha, por encima de este diminuto puente  
tendido entre la Mente y el Cuerpo, las masas ne-  
gras, que habían estado calladas y somnolientas du-  
rante las décadas de 1920 y 1930, se estaban abriendo  
ahora camino hacia la tenue luzcita que los llamaba  
al otro lado de la brecha. El hecho de que estos  
negros pudiesen ahora decidirse a dar tal paso fue  
interpretado por los avestruces y las lechuzas como  
signo de decadencia nacional, como señal de que el  
Sistema se había derrumbado en este punto. Y esto  
dio origen a un miedo, miedo que rápidamente se  
convirtió en foco de todas las ansiedades y exaspera-  
ciones presentes en las mentes de los Administrado-  
res Omnipotentes; y para encarnar esta decadencia  
advertida y actuar como pararrayos del miedo, irrum-  
pieron los beatniks en la escena norteamericana.

\* Personaje legendario que sembró de manzanas los Estados  
Unidos. [T.]

Como pioneros que afirmaron sus derechos de propiedad en la tierra de nadie que se extendía a lo largo de la Línea Maginot racial, los beatniks, como Elvis Presley antes que ellos, se arrevieron a hacer a la luz del día lo que los Estados Unidos habían venido haciendo en el subrepticio anonimato de la noche: juntarse y asociarse, a nivel humano, con los negros. Insultados, malditos, despreciados por los "forjadores de la opinión pública", perseguidos por la policía, convertidos en epíteto de burla por los congelados asquerosos del *hot dog* y la leche a desaparecer. Allen Ginsberg y Jack Kerouac, "los rítmicos de Suzuki", como los llamó James Baldwin, burtonamente, en un momento de pánico, "cansados de las ambiciones blancas" y "arrastrando los pies por la madrugada de la calle negra", guiándose por el "código del hombre negro", como dijo Mailer. El culto de Bing Crosby, de Perry Como y de Dinah Shore habían provocado el cáncer, y la vanguardia de la juventud lo sabía.

Y cuando el espíritu de rebelión corrió por el continente desde el obstinado autobús de Montgomery, Alabama, vertiendo nueva vida en las grietas y los rincones de los ghettos del norte y avanzando en oleadas furiosas por las universidades negras del Sur, para hacer erupción, finalmente, en los *sit-ins* y en las incursiones por la libertad, mientras este herviente torbellino por el cambio social zaramdeaba a la nación, llenando de horror a un desprevenido público norteamericano, la música folk, cantora de verdades fundamentales, fue saliendo lentamente de su tumba; y el lóbulo hippie del oído nacional, que al principio se movió sin querer, comenzó a escuchar. Desde el momento en que la señora Rosa Parks, en aquel autobús de Montgomery, Alabama, hizo resistencia al Administrador Omnipotente, se estableció un contacto, aunque fugaz, con la soberanía perdida

(el Cuerpo había establecido contacto con su Mente) y el *shock* de ese contacto mandó una corriente eléctrica por la nación, que atravesó la Línea Maginot racial y prendió fuego en los corazones de los blancos. Los engranajes comenzaron a moverse, se inició el deshíelo y aunque Emmett Till y Mack Parker habían muerto, aunque Eisenhower envió tropas a Little Rock, aunque la presencia simbólica de Autherine Lucy en la Universidad de Alabama fue una burla, no obstante todo esto, era evidente ya que la gran operación quirúrgica de 1954 había tenido éxito y que el paciente vivría. En el horizonte comenzaba a despuntar el desafío: África, negra, enigmática y llena de ímpetu, había comenzado a pasear sus naciones recientemente liberadas por las Naciones Unidas; y el Islam de Elijah Muhammad, amplificado por las andanadas disparadas por la voz penetrante de Malcolm X, corría por las calles de los negros con Allen Ginsberg y Jack Kerouac.

Luego, cuando la revuelta verbal de las masas negras llegó a un *crecendo* cacofónico, pues el Cuerpo, las Amazonas y los Criados Supermasculinos se hablaban vuelto conscientes, y se habían puesto a gritar, de miles de maneras diferentes, "¡*Tengo una Mente propia!*", y cuando el senador de Massachusetts estaba salvando a la nación del abrazo a la "Strangelove" del Puerto Ricardito,\* e inyectando, al salir victorioso, un nuevo y vivaz espíritu en el pueblo con el estilo de su sonrisa y el del peinado de su esposa, entonces, como si se hubiese dado una señal, como si la Mente le hubiese gritado al Cuerpo: "¡Estoy listo!", el twist, en sustitución del *hula hoop*, estaba en la escena como una explosión nuclear, y solo su lluvia radiactiva del ritmo sobre las Mentes y Cuerpos de la gente. Esta lluvia radiactiva fue el *hully gully*, el *mashed potato*, el *dog*, el *mashed banana*.

\* Dirty Dick en el original. Evidentemente, Richard Nixon.

el *watusi*, el *frug*, el *swim*. El *twist* fue un proyecto dirigido lanzado desde el ghetto hasta el corazón mismo de los suburbios. El *twist* logró, como no lo habían podido hacer ni la política, ni la religión ni el derecho, escribir en el corazón y en el alma lo que la Suprema Corte sólo podía escribir en los libros. El *twist* fue una forma de terapia para una nación conalesciente. El Administrador Omnipotente y la Ultrafemenina respondieron tan aparatosamente, como en estampida, al *twist* precisamente porque les proporcionaba la posibilidad de recuperar sus Cueros después de generaciones de existencia alienada, "incorporea".

Los tiosos y mecánicos Administradores Omnipotentes y Ultrafemeninas ofrecieron un sorprendente espectáculo cuando se metieron en manada a los salones de baile para aprender el *twist*. Provenían de todas las capas de la sociedad, desde las más altas hasta las más bajas, y se retorcian lastimosas pero resueltamente por la sala de baile, sintiendo nuevas sensaciones apaciguadoras y jubilosas, una liberación de alguna incógnita cárcel en la que sus Cueros habían estado encerrados, un sentimiento de libertad que nunca antes habían experimentado, una sensación de comunión con alguna fuente-raíz mística de vida y de vigor, de la cual brotó una nueva conciencia y un nuevo distrito de la carne, una nueva estimación de las posibilidades de sus Cueros. Retorcían, giraban y sacudían sus traseros muertos como zombies petrificados que tratasen de recuperar el calor de la vida, reanimar sus muertas extremidades, su helado trasero, su corazón de piedra y prender en las articulaciones, piezas mecánicas y anquilosadas, la chispa de la vida.

Este espectáculo sobresaló verdaderamente a muchos negros, porque lo entendieron como una intrusión de la mente en la provincia del Cuerpo y esto amenazaba con el caos; porque los negros sabían,

gracias a la experiencia de supervivencia de sus vidas cotidianas, que el sistema en el que estaban aprisionados estaba fundado en la Línea Maginot racial y que el pecado capital, cruzar la línea (que, en su experiencia, comúnmente era iniciado desde el lado negro) estaba siendo llevado a cabo, *en masa*, por los blancos. Los Administradores Omnipotentes y las Ultrafemeninas estaban tomando por asalto la Línea Maginot. Se había lanzado un ataque en masa que no tenía paralelo en la historia norteamericana, y esto llenaba de confusión a los negros. Claro que lo habían presenciado a escala individual: habían visto a muchos blancos destruir la Línea Maginot en sí mismos. Pero esta vez tenía todo el aspecto de un movimiento nacional. Incluso, corrieron rumores de que el presidente Kennedy y su Jackie estaban bailando el *twist* en secreto, en la Casa Blanca; que su Mozo Número Uno había sido enviado de incógnito al Peppermint Lounge para aprender el *twist* y que éste había llevado el secreto de regreso a la Casa Blanca. Estos negros sabían que algo fundamental había cambiado.

—Oye, ¿qué les ha pasado a los blancos?

—Tratan de regresar.

—Mierda—dijo un joven negro que se ganaba la vida robando en las tiendas—. Ya que me lo preguntan, diré que para mí es el fin del mundo.

—¡Uuuuy!—dijo un músico negro que había estado tocando en un baile y que ahora se dedicaba a observar a los bailarines—. Hombre, no entiendo nada de esto. ¡Oye, pellizcáme, para que pueda creer lo que veo! ¿Por dónde me habrá perdido estos años? ¿Dónde he estado? Oye, me he pasado toda la vida soplando la trompeta y jamás he visto nada como lo que está ocurriendo ahora. Sabes qué, me voy a cortar de la mariguana, ¡uuuy mira esa vieja! ¿Qué carajos está tratando de hacer? ¿Lo quiere menear o lo quiere romper! Uuuuy!



Una muchacha negra dijo: —¡Llévame a mi casa, me siento mal!

Otra dijo: —¡No, quedémonos! ¡Yo, esto no me lo pierdo!

Y un gato negro barbado, al que no le interesaba aprender a bailar el twist, pues sentía que en cuanto lo quisiese hacer le bastaría con levantarse de la mesa y empezar a moverse, dijo, a la dama de relumbón y con la que estaba sentada: —No es nada. Están tratando de regresar, nada más.

—¿De regresar? —dijo la muchacha, arqueando las cejas inquisitivamente, ¿de regresar de dónde?

—De dondequiera que hayan estado —dijo el gato, ¿de dónde si no?

—Lo que quiero saber es si lo están haciendo en Mississippi —dijo un negro alto, de aspecto trucu-lento, que llevaba en la mejilla izquierda una larga cicatriz y que había tenido que salir precipitadamente de Mississippi una noche.

Y los bailarines, por su parte, andaban metidos en un torbellino de éxtasis oscilando como péndulos, mecánicamente, como metrónomos o marionetas col-gadas de cuerdas invisibles, manipuladas por un artista dotado de un enfermizo sentido del humor.

—Parecen chinos haciendo ejercicio comunal —dijo un negro—. Es lo que están haciendo, gimnasia.

—Sí —dijo su acompañante—. Están tratando de ponerse en forma.

Pero si al principio fue chistoso y confuso, constituyó no obstante una brecha. Los Administradores Omnipotentes y las Ultrafemeninas estaban descubriendo nuevos aspectos del cuerpo, nuevas posibilidades de ritmo, nuevas maneras de moverse. En hula hoop había sido un comienzo en falso, un intento mecanizado, teatral, realizado por la Mente para dotarse a sí misma de lo que sólo el Cuerpo puede dar. Pero, al llegar al twist, por lo menos se dieron cuenta de que se estaban moviendo. Las fuerzas que ac-

7  
túan en el escenario mundial de nuestra época han creado, en la psique colectiva de los Administradores Omnipotentes y de las Ultrafemeninas, un impulso irresistible (a simplemente levantarse y sacudir el hiello y el cáncer de sus blancos traseros alienados) y el hula hoop y el twist les ofrecieron maneras social-mente aceptables de lograrlo.

Por supuesto, no todos los blancos participaron en estos joviales experimentos. Para muchos, cuanto más "sugere[n]te" era un baile (es decir, cuanto más se convertía en puro Cuerpo y tanto menos en Mente) tanto más escandaloso les parecía; y su reacción, en este sentido, fue índice del grado de alienación res-pecto de sus cuerpos. Pero lo que condenaban como signo de degeneración y decadencia moral era real-mente un signo de salud, una señal de esperanza, de recuperación plena. Como profetizó Norman Mailer: "... la igualdad del negro habrá de producir un cam-bio profundo en la psicología, la sexualidad y la imaginación moral de todos los blancos vivos". Pre-cisamente porque la Mente se habrá unido con el

Cuerpo, la teoría se habrá fundido con la práctica. Es significativo que el twist y el hula hoop se ha-yan presentado en escena, con todo su furor, al final del período de Eisenhower y en los albores del de Kennedy. Podría interpretarse como una rebelión

contra los vacuos años del gobierno de Eisenhower. Podría afirmarse que el mismo impulso colectivo que dio origen al twist llevó también a la presidencia a Kennedy. Me estremezco de sólo pensar que, dada la mínima diferencia por la que fue derrotado en 1960, Richard Nixon hubiese podido ganar la elección de calle si hubiese convenido a una de sus hijas Ultra-femeninas, para no hablar de Ultrapat,\* a bailar el twist en público. Ni aunque se hubiese pasado una semana en el teléfono compactecándose de la señora

\* Se refiere a la esposa de Nixon. [T.]

Jaro estaba en la cárcel, habría ganado. Tal y como estoy convencido de que Luci Baines Johnson, al bailar el watusi en público con Killer Joe Piro, conquistó mas votos para su papacito en 1964 que todos los que pudo conquistar con todo un vagón de sus discursos para acarrear puercos.

Cuando la revuelta de Birmingham estalló en el verano de 1963 y el presidente Kennedy pasó a ocupar el vacío, pronunció un insólito discurso a la nación a propósito de los derechos civiles y envió su proyecto de ley al Congreso, se terminaron de poner los fundamentos. Martin Luther King, voz de las necesidades del Cuerpo, y el presidente Kennedy, que habló por las necesidades de la Mente, hicieron contacto ese día. Los bailaradores de twist, con sus zapatos de gamuza azul, dejaron atrás al fantasma de una leche maldada mientras bailaba la jiga mecánica de Satán encima de la tumba de Medgar Evers. En vano dinamitarían ahora los asesinos aquella iglesia y asesinarían grotescamente a las cuatro ninitas negras (¿qué esperaban matar?, tiraban contra el negro de la piel o contra el fuego del alma?, ¿le pegaban a la historia, al Cuerpo?). En vano también las balas de los asesinos atravesaron la cabeza de John Kennedy, quitándole la vida, sí, pero creando algo más grande que la vida, y fracasando totalmente en borrar de las crónicas "la Marcha sobre Washington" y su verdad, pues esta nación (burguesa o no, imperialista o no, asesina o no, fea o no), su pueblo, en alguna parte de su alma sanguiñaría e hipócrita, contenta todavía un épico potencial espiritual que es su esperanza, un insondable potencial que prende fuego a las imaginaciones de su juventud. Era demasiado tarde. Era demasiado tarde porque había llegado el momento de que los negros se rebelasen ("¡Tengo una *Mente propia!*"), corriesen por la noche de Harlem como un enjambre de langostas, rom-

piendo, gritando, sangrando, llorando, riendo, regocijándose, celebrando, en una orgía de destrucción, para regurgitar la mierda del hombre blanco que habían estado comiendo durante cuatrocientos años; rompiendo los escaparates de las tiendas del hombre blanco, arrojando ladrillos que bien hubiesen querido que fuesen bombas, corriendo, girando como un ciclón por la Mente del hombre blanco, más allá de su represalia, por las calles nocturnas de Rochester, Nueva Jersey, Filadelfia. Y aun cuando la oposición, atiborrada de *hot dog* y leche maldada, con los zapatos manchados ahora por la sangre derramada, golpearase en la noche contra las manifestaciones de la revuelta, exhibiendo la Hospitalidad sureña reservada para los asquerosos negros y los que aman a los asquerosos negros (SCHWERNER-CHANNEY-GOODMAN) era ya demasiado tarde. Pues no sólo Luci Baines Johnson había bailado el watusi en público con Killer Joe, sino que los Beatles estaban en escena, inyectando negritud por toneladas en los blancos, en la era de fermento beatnik posterior a Elvis Presley.

Antes de tirarles a los Beatles un beso homosexual (diciendo: "Si un hombre es lo suficientemente asno como para buscar lo que de mujer lleva en sí mismo, ese hombre besará a un hombre, y si una mujer busca en sí misma lo que de macho tiene, esa mujer besará a una mujer"), asombrémonos por el genio de su imagen, que da comodidades a las lechuzas y a los avestruces en el punto en el que Elvis Presley le pegó la patada: Elvis, con sus menosc sensuales (aunque mecánicos, alienados) era demasiado Cuerpo (de masiado pronto) para las fatigadas psiques a punto de derrumbarse de los Administradores Omnipotentes y las Ultrafemeninas, mientras que los Beatles fingiendo ponerse la corona caucasoides de la feminidad y haciendo caso omiso del Cuerpo en el plan visual (mientras que su música, por lo contrario, es taba llena de Cuerpo), calmaron las dudas de la:

lechuzas y de los avestruces al presentarles una imagen corpórea cerebral.

El canto y la danza, quizá, son tan sólo un poco menos viejos que el hombre mismo. Con su música y su baile, que son la recreación mediante el arte de los ritmos implícitos en el movimiento de su vida y de su ambiente cultural, el hombre limpia su alma de las tensiones del diario esforzarse y mantiene su armonía en el Universo. En el ambiente creciente-mente mecanizado, automatizado, cibernecizado del mundo moderno (un mundo frío, incorpóreo, de ruedas y engranajes, de suaves superficies plásticas, de tubos, botones, transistores, computadoras, población a chorro, cohetes a la luna, energía atómica) la necesidad que el hombre siente de afirmar su biología se ha vuelto en esa misma medida mucho más intensa. Siente la necesidad de una definición clara que le diga dónde termina su cuerpo y comienza la máquina, donde termina el hombre y dónde comienzan las *extensiones* del hombre. Esta gran hambre de las masas, que trasciende las fronteras nacionales o raciales, retrocede ante las sutiles subversiones del ambiente mecánico que la tecnología moderna está creando más rápidamente de lo que el hombre, en su actual relación salvaje con sus prójimos, es capaz de recibir y asimilar. Esta es la contradicción fundamental del siglo xx, y contra este fondo los Estados Unidos intentan unir su Mente a su Cuerpo, salvar su alma.

Es en relación con esto que los negros, que personifican el Cuerpo y por consiguiente están en comunión más íntima con sus raíces biológicas que otros norteamericanos, proporcionan el vínculo salvador, el puente que se tiende entre la biología del hombre y las máquinas del hombre. En su forma más pura, como ajuste al ambiente científico y tecnológico de nuestra era, como caratis y canción de cuna apaciguadora del alma del hombre, es el jazz, nacido de

la fricción y armonía del negro norteamericano con su ambiente, lo que ha capturado el pulso del ritmo de nuestro tiempo. Y aunque la ciencia y la tecnología modernas son las mismas en Nueva York, París, Londres, Accra, El Cairo, Berlín, Moscú, Tokio, Pekín o São Paulo, el jazz es el único medio de comunicación internacional verdadero del mundo actual, capaz de hablar creadoramente, con igual intensidad y opor-tunidad a la gente de todos esos lugares.

La música popular menos compleja y sutil (pero no menos fundada en el Cuerpo), de los negros urbanos a la que se conoció con el nombre de Rítmico y Blues antes de que los blancos se la apropiaran y la destilaran en un producto al que llamaron Rock and Roll, es el ingrediente fundamental, el alma de los himnos llenos de colorido y cacofónicos con que los Beatles de Liverpool empujan a sus hordas de fanáticas Ultratelemas a la caratonia y a la histeria. En las fanáticas de los Beatles, que hablan estado ajenadas de sus propios Cuerpos durante tan largo tiempo y tan profundamente, el efecto de estos ritmos potentes y eróticos es eléctrico. En esta música, el negro proyectó (por así decirlo, *drenó*, como el pus de una llaga) una poderosa sensualidad, su dolor y sus anhelos, su amor y su odio, su ambición y su desesperanza. El negro proyectó en su música a su mismo Cuerpo. Los Beatles, los cuatro muchachos melendos de Liverpool, están ofreciendo como su hostia el cuerpo del negro, y al hacerlo establecen una comunión rítmica entre la Mente y el Cuerpo del que los escucha.

Añadidos a los Beatles, alma interposita, intermedia-ria entre la Mente y el Cuerpo. A miles de años luz de los zapaticos blancos de Pat Boone. Etapa en el lento camino recorrido con toda deliberada rapidez.

A TODAS LAS MUJERES NEGRAS  
DE TODOS LOS HOMBRRES NEGROS

Reina-Madre-Hija de Africa  
Hermana de Mi Alma  
Esposa Negra de Mi Pasión  
Mi Amor Eterno

Te saludo, Reina mía, no con el planido obsequioso de un Esclavo temeroso al que ya te has acostumbrado, y tampoco te saludo con la nueva voz, con las zalameras suplicas de la untuosa Burguesa Negra, ni con el berrido intimidador del rudo Liberto, sino que con mi propia voz te saludo, con la voz del Hombre Negro. Y aunque te saludo de *nuevo*, mi saludo no es nuevo, sino tan viejo como el sol, la luna y las setrillas. Y más que señalar un nuevo comienzo, mi saludo significa únicamente mi retorno. He regresado de entre los muertos. Te hablo desde el Aquí y el Ahora. Estuve muerto durante cuatrocientos años. Durante cuatrocientos años ni fui tu hombre, ni mi propio hombre. El blanco se interponía entre nosotros, gravitaba sobre nosotros, nos andaba en torno. El blanco era tu hombre y mi hombre. No te tomes a la ligera esta verdad, Reina mía, pues aunque el hecho de que te hablo se nos ha metido hasta el tuetano de los huesos y ha diluido nuestra sangre, tenemos que sacarlo a la superficie de la mente, al reino del conocimiento, fijar nuestra mirada en él, y contemplarlo como una serpiente enroscada en la cuna de un niño, o entre las frescas flores de la tumba de una madre. Tiene que ser ponderado y

[230]

comprendido con el corazón, pues la boca del hombre blanco es nuestro punto de partida, nuestro punto de Resolución y de Retorno, el pivote ensangrentado de nuestro futuro. (Pero quisiera que recordaras que antes de que pudiésemos salir de la esclavitud tuvimos que ser bajados de nuestro trono.)

A través del abismo boqueante de la masculinidad negada, de cuatrocientos años sin Testículos, nos enfrentamos el uno al otro, Reina mía. Siento un dolor profundo, aterrador, el dolor de la humillación del guerrero vencido. La vergüenza del corredor de pies ligeros que tropieza al comenzar la carrera. No tengo justificación. No puedo soportar mirarte a los ojos. ¿No habías notado (sin duda, lo debes haber advertido ya: ¡cuatrocientos años!) que durante cuatrocientos años había sido incapaz de mirarte a los ojos? Me pongo a temblar por dentro cada vez que me miras. Descubro... en el rayo de tu mirada, un secreto largo tiempo guardado. Tal es la verdad, sin adornos. Y no es que me hubiese sentido justificado, dadas las circunstancias, en tomarme tales libertades contigo, sino que quiero que sepas que tema mirarte a los ojos porque sabía que en ellos encontraría reflejados una despiadada denuncia de mi impotencia y un desatío ineludible a redimir mi masculinidad

Reina mía, me cuesta trabajo decirte que es lo que guarda mi corazón para ti, hoy—qué es lo que guardan en su corazón todos mis hermanos negros para ti y para todas tus hermanas negras—, y temo que fracasaré a menos que venga hacia mí, a menos que te pongas en armonía conmigo con la antena de tu amor, el amor sagrado que no me pudiste dar por que, estando yo muerto, era indigno de recibirlo; ese perfecto y radical amor del negro, del que se alimentaron nuestros Antepasados. Déjame beber del

rito de tu amor en su fuente, que las líneas de fuerza de tu amor cojan por su centro a mi alma y curen la herida de mi Castración, deja que mi convexo exilio termine su dolorosa Odisea en tu cóncava esencia que recibe para dar. Flor del África, sólo mediante el poder liberador de tu *re*-amor puede redimirse mi virilidad. Pues es ante tus ojos, ante tí, que mi necesidad debe justificarse. Sólo tú, tú, y sólo tú puedes condenarme o darme la libertad.

Convéncete, Hermana de Ebanos, que el pasado no es un paisaje prohibido, al que no nos debemos atrever a mirar, por un miedo fantasmagórico a quedarnos convertidos, como la mujer de Lot, en estatuas de sal. Más bien, el pasado es un espejo omnisciente: volvemos hacia él nuestros ojos y vemos reflejados: lo que solíamos ser, lo que somos ahora, como llegamos a este estado y en que nos estamos convirtiendo. Negarse a mirar en el Espejo del Entonces, corazón mío, es no querer ver la faz del Ahora.

*!He muerto la novena muerte del gato, he visto a Saldn cara a cara y le he dado las espaldas a Dios, he comido en la Batea del Cerdo, y descendido hasta lo más bajo del Pozo, me he metido en la Pocilga y he librado mis Testículos de las fauces del león que los tentia cogidos con los dientes!*

Belleza Negra, en silencio impotente escuché, como si compusiesen una sinfonía de lamentos, tus gritos de auxilio, tus angustiadas voces de terror que reverberan por el Universo y por la mente, como un millón de gritos dispersados por los años del dolor, que se funden en un solo sonido de pesar que traspasa y desahoga el alma, una voz al rojo blanco herida, que me quemara el cerebro y hace estallar el cohete del pensamiento, un sonido de garras y de afilados dientes para desgarrar el corazón, un sonido de llamas chisporrreantes, un sonido ardiente, quemante, un sonido

para fundir el acero de mis Testículos, un sonido de fuego Blue, un sonido Bluecado, el sonido del moribundo, el sonido de mi mujer traspasada de dolor, *el sonido del dolor de mi mujer*, el sonido de mi mujer llamándome, a mí, *ó que me pedía auxilio*, *ó ese lastimero sonido*, pero abaté la cabeza y no acudí a hacéla, *ó el llanto de mi mujer*, el grito de mi mujer, *ó a mi mujer suplicarle a la bestia muerta*, un sonido de algo que se quiebra, un sonido de algo que se rompe, un sonido que sonaba a cosa última y final, el postre sonido, el sonido de la muerte, lo *ó*, lo oigo todos los días, lo oigo ahora... te oigo ahora... te oigo... Te *ó* entonces... tu grito me llegó como una quemante centella que dejó una blanca cicatriz en mi espalda. En cobarde estupor, con corazón palpitante y rodillas temblosas, contemple el látigo de muerte del Esclavista restallar en el aire y cortar con finos dientes tu delicada carne, la tierna y negra carne de la Maternidad Africana, arrojando prematuramente a la Vida sobresaltada de tu desgarrado y ultrajado vientre, el vientre sagrado que acunó al hombre primigenio, el vientre que incubó a Etiopía y pobló Nubia, que le dio faros a Egipto, el vientre que pintó el Congo de negro y partió a los Zulúes, el vientre de Mero, el vientre del Nilo, del Níger, el vientre de Songhay, de Malí, de Ghana, el vientre que sintió el poderío de Chaka antes de que viera el sol, el Vientre Sagrado, el vientre que conocía el futuro de Jomo Kenyatta, el vientre de los Mau Mau, el vientre de todos los negros, el vientre que calentó a Nat Turner, y a Gabriel Prosser y a Denmark Vesey, el vientre negro que entregó deshecho en lágrimas la cadena interminable de la Flor y Nata de África, la Sal Negra de la Tierra, esa anónima e interminable cadena negra que se hundió gimiendo en el olvido del gran abismo, el vientre

que recibió y alimento y retuvo firmemente la semilla y dio a cambio a la Verdad Establecida, y a la hermana Tubman y a Rosa Parks, y a Bird, y a Richard Wright, y a las demás obras de arte que llevan los nombres de Marcus Garvey, Dubois, Kwame Nkrumah, Paul Robeson, Malcolm X y Robert Williams y al que partiste con dolor y le amaste Elijah Muhammad, pero sobre todo a ese anónimo ser que arrancaron de tu vientre con un río de sangre asesinada que saipicó el lodo y se hundió en el Parker.

¡Oh, alma mía! me convertí en un floriqueante cobarde, en un inútil asqueroso, en un lamebotas vil y abyecto, estando mi voluntad de oposición petrificada por un miedo cósmico al Amo. En vez de incitar a los esclavos a la revolución con elocuente oratoria, ¡puse paños a sus heridas y canté elocuentemente los Blues! En vez de arrojar despectivamente mi vida a la cara de mi Atormentador, *derrame tu preciosa sangre*. Cuando Nat Turner trató de liberarme de mi Miedo, mi Miedo lo entregó al Carnicero, y se convirtió en monumento martirizado de mi Castración. Mi espíritu estaba indeciso y mi carne era débil. ¡Ay, ignominia eterna!

Yo, el Eunuco Negro, privado de mis Testículos, caminé por la tierra con la mente congelada y guardada en un Frigorífico. Me importaba menos matar a un hombre o a una mujer negros que aplastar a una mosca, mientras que, para el blanco, era capaz de recoger hasta mil libras de algodón al día. Qué provecho puede haber en los esfuerzos ciegos, frenéticos de los ¡Culpables! Eunuco Negro (¡Justificado-res!) que ocultan sus heridas y se burlan de la verdad para mitigar su culpabilidad mediante los sofismas agudos que postulan una Democracia Universal de Gobardes, que señalan que en la historia nadie se puede esconder, y que si no en un momento, induda-

bientemente que si en otro, ¡el tacón de hierro del Conquistador ha aplastado los Testículos de Todos y Cada Uno de los Hombres! Las memorias de ayer no pararán los torrentes de sangre que fluyen ahora de mis ingles. Sí, la historia es una especie de texto escarlata, cuyo título está inscrito con sangre humana. Más ejercicios que los que se mencionan en los libros han plantado las banderas en suelo extranjero y dejado como estela la Castración. Pero ningún Escalavo debería morir de muerte natural. Hay un punto en el que termina la Prudencia y comienza la Cobardía. Que una bala del opresor me traspase la cabeza en la noche del asedio. ¿Por qué se baila y se canta en los Dormitorios de los Esclavos? Un Esclavo que muere de causa natural pesará menos que dos moscas muertas en la Balanza de la Eternidad. A ese hombre, más que llorarlo, habrá que tenerle compasión.

Mujer negra, sin que preguntes cómo, di simplemente que sobrevivimos a nuestras marchas forzadas y nuestras penas y fatigas por el Valle de la Esclavitud, del Sufrimiento y de la Muerte. Por ese valle que oculta a nuestra vista esa bruma errante. ¡Ah, qué espectáculo, qué sonidos y sufrimientos envuelve esa bruma! Y hablamos pensado que nuestra áspera subida para salir de ese cruel valle nos llevaría a algún lugar fresco, verde y apacible, bañado de sol, pero nos hemos encontrado una selva, una soledad salvaje y feroz poblada de ruinas.

Pero, ponte tu corona, Reina mía, y levantaremos una Ciudad Nueva sobre estas ruinas.